11. ▫ N.º 19. Francia : el número, 0.60 cent - Extranjero : 0.75 1.º de Abril 1

REVISTA GRÁFICA

Ayuntamiento de Madrid

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.

BAUME BENGUÉ

Curacion radical de

GOTA-REUMATISMOS NEURALGIAS

De venta en todas las farmacias y droguerias.

SIROP CHABLE

DEPURATIVO VEGETAL

Jarabe doctor

EL MAS EFICAZ DEPURATIVO DE LA SANGRE

Se vende en Farmacias y Droguerias

Aberdeen

Sastre Escocés

1, rue Auber

Y

5, b. Malesherbes

PARÍS

Casa fundada en 1881

El mayor surtido en paños ingleses y escoceses : ::

Especialidad en Homespuns

CATARROS antiguos y recientes

TOSES, BRONQUITIS

radicalmente **CURADAS**

POR LA

SOLUCION PAUTAUBERGE

que procura *Pulmones robustos*, despierta el *Apetito*, aumenta las *Fuerzas*, seca las *Secreciones* y preserva de la

TUBERCULOSIS

L. PAUTAUBERGE, 10, r. de Constantinople, Paris *y todas Farmacias.*

A los ASMÁTICOS

A los que se sofocan

A los que tosen

Los médicos dicen hoy: Usad los

POLVOS LOUIS LEGRAS

Es un remedio maravilloso que calma instantáneamente los más violentos accesos de *Asma*, la *Tos* violenta y prolongada de las *Bronquitis* antiguas, en *Catarro* y las consecuencias de la *Influenza*.

Los POLVOS LOUIS LEGRAS dan siempre los mejores resultados

En todas las farmacias hispano-americanas

En Buenos Aires: BADARACCO Y BARDIN, 569, Cuyo

H. BERTHIOT farmº,

14, rue des Lions, Paris

Ayuntamiento de Madrid

REVISTA GRÁFICA

PERIÓDICO QUINCENAL HISPANO-AMERICANO

Año 2
1.º Abril 1914
Precio
60 cént.

Actualidades, Literatura, Ciencias y Artes
Director : José MUÑOZ ESCÁMEZ
222, Boulevard Saint-Germain, Paris — Teléfono 757-90
Sucursal, 471 - Calle de Sarmiento, Buenos-Aires

Nº 19
Suscripción
20 francos
por año

MARRUECOS

Un lugar típico de Marruecos.

EL EJÉRCITO DEL SULTAN EN MARCHA
En los alrededores de Fez, el ejército del sultán dispuesto para el combate.

MARRUECOS, uno de los pocos lugares pintorescos que aún quedan en la tierra y que, ha escrito el comandante Haillot, aparecía ayer á la imaginación como el último refugio de la barbarie, de la esclavitud y del misterio, á pesar de encontrarse casi tocando á Gibraltar, será el día de mañana la tierra predilecta de los jóvenes intrépidos que quieran explotar, á la sombra de la bandera española y francesa, con todo el fervor de sus esperanzas intactas, las enormes riquezas que duermen en su suelo inculto.

Minas, cosechas, bosques ó pastos, este suelo generoso dará en abundancia todo cuanto se quiera valerosamente en él, y, sobre todo, trigo y hierro. El trigo, que alimenta al hombre; el hierro, que lo ennoblece; herramienta de trabajo, instrumento de gloria. ¡Y todo esto estamos á punto de abandonarlo por un mal comprendido sentimiento nacional!

España, la nación que se ha lanzado á más locas aventuras, la cuna de Don Quijote, el país del romanticismo en obra, el que perdió tantos miles de hombres en Cuba y Filipinas, por empeño de honor laudable, hállase á punto de abandonar la conquista de la colonia ideal, y que, por decirlo así, no es sino una provincia de España. Jamás tendremos ocasión parecida. Y si contamos los muchos hijos que la nación pierde en la emigración, y los que caen en el campo de batalla, sin duda alguna nos inclinaremos por la guerra, aunque no fuera sino por favorecer á los que vengan tras de nosotros, que encontrarían en donde emplear sus brazos.

Francia, con la gran astucia que despliega en los asuntos políticos, ha sabido encontrar el medio de conciliar todos los intereses, sin abandonar sus designios; y con el empleo de las tropas indígenas y el derroche de unos miles de francos supo conquistar toda Argelia y concluirá de apoderarse de la parte de Marruecos que le corresponde por los tratados, aunque sea la temible región conocida con el nombre de «Bled-el-Siba», es decir, el «País de la Libertad», porque los sultanes encontraron siempre graves dificultades para la co-

Ayuntamiento de Madrid

UN BEREBERE
Inquietante manera de esperar al recaudador de contribuciones.

branza de los impuestos en las montañas. Mas nosotros no tropezaríamos con tales inconvenientes una vez bien organizado el gobierno que debiera regir en este país. Además, no se trata de conquistar Marruecos para cobrar impuestos, sino para explotar su suelo, construir escuelas, hospitales y ofrecer medios de vida á los indígenas, conservando, cuando no choque con nuestros intereses, su manera de vivir. De proceder así, haciendo de Marruecos una casi provincia española — ¡ y que no se asombre el lector ! — necesariamente seríamos considerados como su Providencia.

Los marroquíes, que, por desgracia, no han llegado aún á alcanzar la deseada instrucción, medio infalible para quebrantar su ardor bélico, tienen, además, la altivez de su independencia, y lucharán desesperadamente entre los riscos, hasta que lleguen á convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos. Habrá que derramar mucha sangre y perder mucho dinero; pero quienes sostuvieron, como se ha dicho, la campaña de Cuba y Filipinas, no deberán abandonar la de Marruecos, al menos que los españoles, reconociendo su impotencia y declarándose vencidos de antemano, cedan sus derechos á Francia, que no *demande pas mieux*.

Queremos ser una gran nación, y nos falta lo principal para ello : el espíritu de absorción que tienen cuantas son así denominadas. El Japón, cuando quiso colocarse entre las naciones civilizadas, lo primero que hizo fué vencer á Rusia y apoderarse de la mayoría de sus dominios ; Francia, no sueña sino con el desquite del 1870, y, Alemania, con el aniquilamiento de los galos. Inglaterra, no

Ayuntamiento de Madrid

El encantador de serpientes antes de comenzar el espectáculo.

mostrando particular odio por uno ú otro país, se apodera, buena ó malamente, de cuanto se le pone al alcance, y todos le hemos pagado tributo. En cuanto á Rusia, ya se puede juzgar, por lo que viene diciendo la Prensa acerca de sus relaciones con Alemania, que no muestra muy cordiales intenciones; y también se debe rememorar el fin que tuvo Polonia.

Si España poseyera el espíritu de absorción de las llamadas grandes potencias, y, sobre todo, partidos políticos capaces de proseguir perseverantemente la obra de engrandecimiento, que por nuestra historia estamos llamados á realizar, hace mucho tiempo que Portugal hubiera pasado á ser un florón de la corona de España y Gibraltar no

Camino del mercado.

Ayuntamiento de Madrid

Pintoresco aspecto de las calles de Tánger.

hubiese llegado á proteger á las escuadras inglesas; no se hablaría de los separatistas de Barcelona ni de las próximas campañas contra la guerra.

Es preciso ser fuerte si no se quiere estar expuesto á sucumbir por la ley de selección natural, que lo mismo se aplica á los individuos que á las naciones. Es preciso ser fuerte, precisamente para tener paz. Los Estados Unidos, que atacaron á España, no se hubiesen atrevido con el Japón.

Queremos comer sin que los asuntos transcendentales nos vengan á perturbar la digestión; pero de todos es sabido que cuando no se ataca, ó por lo menos no se está en condiciones de defenderse, se acaba por ser pasto de los lobos. Además, si criticables son los desvaríos de don Quijote, ¿qué pudiera decirse de la funesta cordura de Sancho?

Antonio Muñoz Pérez.

Ayuntamiento de Madrid

ACTUALIDADES

En la parte superior, de izquierda á derecha, M. Doumergue, presidente del Consejo de Ministros; M. Caillaux, ministro de Estado, y M. Barthou, que ha leído el informe Fabre en la tribuna del Congreso. — En la segunda fila, M. Lebrun, que ha sido nombrado ministro de Marina tras la dimisión de M. Monis; el ministro dimisionario Monis, que respondió de sus actos ante la Comisión de ambas Cámaras: M. Bienvenu Martin, actual canciller, y M. Jaurès, leader socialista, presidente de la Comisión nombrada para revisar el asunto Rochette. — En el medallón, M. Fabre, dirigiéndose al Congreso para declarar. — En la parte inferior, á la izquierda, M. Malvy, ministro de Gobernación; á la derecha, M. Lescouve, que ha declarado en el mismo sentido que M. Fabre.

Ayuntamiento de Madrid

Una de las carrozas de la «Mi-Carême», celebrada en París con gran regocijo, como todos los años, á pesar de que la lluvia se mostrara muy poco clemente. A la izquierda, la «reina de las reinas» á la salida del Ayuntamiento. — Entre las dos fotografías, M. Edwards, antiguo director del «Petit Journal», que acaba de fallecer. — A la derecha, el duelo entre Richepin y Pierre Frondaie, que fue herido por su adversario.

El general Augh Scott, comandante del fuerte Blido (Tejas), que ha representado un papel importantísimo en los acontecimientos mejicanos. — A la derecha, la estatua que se acaba de erigir al sabio naturalista M. Fabre.

Ayuntamiento de Madrid

«La muñeca de amor», zarzuela en tres actos de los señores Sasson y Penella, estrenada con verdadero éxito en el Gran Teatro.

Los dos jóvenes estudiantes, Antonio Salazar y Gassol, de la Escuela de ingenieros de Montes, muertos en los sucesos desarrollados en el Escorial.

Grupo de concurrentes á la Fiesta de las Majas, celebrada en la Huerta, Madrid, con gran animación. — A la izquierda, retrato de la actriz doña María A. de Tuban, que acaba de fallecer.

Nuevo edificio de la Real Academia de Medicina. Aunque de líneas sencillas, esta edificación se nos aparece elegante y muy cómoda para el servicio á que ha sido destinado. — A la izquierda, llegada á Madrid, de regreso de Méjico, de los espadas Belmonte y Vicente Pastor.

Retrato de doña María Guerrero en la obra de Paul Hervieu «El destino es dueño».

Ayuntamiento de Madrid

Una escena de «Serafina la Rubiales», de los señores Torres del Alamo y Asenjo, música de los maestros Quinito Valverde y Foglietti. — A la derecha, un tenaz luchador filipino, don Vicente Potto, abogado, dramaturgo y director del «The Philipine Republic», de Hong-Kong.

El general francés Lyautey y el general Marina, acompañados de varias distinguidas personalidades, en una de las estancias del Palacio Real.

◇ ◇ ◇

Madrid: Jura de la bandera. — A la derecha, don Antonio López, que hace un viaje por España para difundir Revista Grafica

◇

La jura de la bandera en Granada. Altar en donde se dijo la misa de campaña.

◇

El general Lyautey al salir de Palacio, donde se le dispensó una buena acogida y en donde conversó largamente con el rey sobre los asuntos que en Marruecos interesan á Francia y España.

Ayuntamiento de Madrid

Mme. Caillaux, cuando no pensaba en cometer su crimen y le sonreían miles ilusiones. — En el centro, el entierro de M. Calmette. A pesar del mal tiempo, todo París asistió á la conducción del cadáver.

M. Calmette, director del «Figaro», que ha hallado tan triste fin. — A la izquierda, fachada de la redacción «Figaro».

Tienda de comestibles, contigua á la comisaría, por donde salió madama Caillaux y su esposo para huir de los improperios de la multitud indignada.

Los guardias conduciendo á la comisaría á uno de los manifestantes que lanzaron gritos subversivos con motivo del entierro de monsieur Calmette. — A la derecha, celda en donde está madama Caillaux. — Debajo, un carro del almacén «Le Printemps» llevando á madama Caillaux varias alfombras para su celda.

◇ ◇ ◇

El asunto Caillaux, crimen sin precedentes, ha producido en Francia enorme sensación. Nadie hubiera podido creer que la mujer de un ministro, en un momento de inexplicable extravío, se decidiera á perder el honor y el porvenir político de M. Caillaux, que sin duda hubiera podido esquivar los cargos contra él formulados por M. Calmette.

Ayuntamiento de Madrid

TRES HÉROES

Luego de una serie de esperas interminables, la paciencia del fotógrafo fué recompensada, y el objetivo pudo sorprender estas tres garzas grotescamente colocadas en la rama de un árbol.

EL PRIMER VUELO

LOS HIJOS DE LA GARZA

¿Por qué no se ha de abandonar la escopeta por el objetivo? Todo el mundo ganará en ello, ¡y también los pobres pajarillos!

Aunque la Florida haya sido colonizada desde larga fecha—¡hermosa tierra de flores y de eterna verdura!—posee todavía vastas regiones que la civilización no ha conquistado. Y encontrarán numerosos bosques vírgenes, de suelo pantanoso, en los que algunos centenares de indios continúan viviendo como sus antepasados, sin preocuparse de las transformaciones del mundo moderno.

Estos inmensos bosques merecerían ser el punto de cita de los aficionados á las grandes cazas, pero la fiebre palúdica los aleja de ellos. Y cuando me decidí á visitarlos, obligado por algunos amigos de Key-West á tomar parte en una caza contra los cocodrilos del Cabo Romano, lo primero que hice fué procurarme una buena cantidad de quinina.

Desde el primer día de nuestra instalación en pleno bosque advertí, á menos de cien metros del campamento, un nido de garzas. Y no era preciso ser adivino para hacer tal descubrimiento, ya se tratara de una garza plomiza (la de Europa), ó de la *ardea Herodias* (la garza de América), porque esta hermosa ave tiene las mismas costumbres en cualquier punto en donde se encuentre.

Tímida en exceso, á pesar de su vuelo

Ayuntamiento de Madrid

poderoso y de la fuerza de su largo pico acerado, construye su nido en la copa del árbol más elevado que ha podido encontrar en las proximidades de un lago ó de un rio. Pasadas dos ó tres estaciones, sus deyecciones envenenan de tal forma el tronco, que éste pierde su follaje y no tarda en morir. Al pie del árbol extiéndese una verdadera capa de guano, compuesta en gran parte por las cáscaras de los huevos arrojadas del nido y por los restos de pescado y de algunos pajarillos traidos á los pequeñuelos por sus padres.

Desde el primer dia tuve que pedir misericordia para el macho y la hembra de garzas, que veíamos reunirse cerca del nido, á hora fija, pues uno de mis compañeros, que preferia la pesca á la caza, se empeñaba en matarlos á tiros. Y es que la garza, gran destructora de pescados, es la enemiga declarada de los aficionados á tal distracción.

Aunque su carne coriacia debería valerle el privilegio de vivir en paz con la humanidad, los pescadores la persiguen despiadadamente.

Yo tenia mis razones para tomar la defensa de mis dos vecinos, porque gustaba más de espiar su curioso hogar, reservando la pólvora y las balas contra los repugnantes cocodrilos que continuamente nos amenazaban. Posados sobre una rama, á doce ó quince metros por encima del rio, conservaban por largo tiempo una inmovilidad tan completa que dificilmente se descubrían entre el ramaje. Y, de pronto, con una rapidez que mi mirada era incapaz de seguir, su masa desprendíase de la rama, cayendo en línea recta, desapareciendo en un remolino de agua luminosa.

Poco después, con vuelo lento y poderoso, la garza volvia hacia la copa del árbol, con un pescado sujeto en el extremo del pico, una presa que era acogida con agudos pitidos.

El nido también lo defendí contra las iras de mis compañeros. Defender á los padres, ¿no equivalia á defender su contenido? —Pues sí, había concebido el loco proyecto de izarme hasta quince metros de altura para contar el número de pequeñuelos y para ver á qué podian semejar los hijos del hermoso pájaro cantado por los poetas.

Tras de haber reflexionado durante tres días sobre la mejor manera de poner mi proyecto en ejecución, me fué preciso rendirme á la evidencia: la única forma de llegar hasta el nido era la de izarme á fuerza de puños, aun á riesgo de romperme la cabeza...

Confesaré sin vergüenza que en mi primera ascensión emplee un cuarto de hora más de lo previsto. Una rama que cedió bajo mi peso estuvo á punto de hacerme renunciar á la empresa. No obstante, tras de una serie interminable de paradas, mi obstinación encontró la recompensa: cuatro pequeñuelos cubiertos de escaso plumón y grotescamente apoyados en patas de grueso exagerado.

Un gran ruido de alas sobre mi cabeza hizo que me estremeciera; ¿no vendrian á vengarse los padres de los pajarracos? Este temor hizo que abreviara mi visita, y descendí mucho más rápidamente que había subido.

¿Lo creerán? En cuanto puse el pie en el suelo sentí un loco deseo de volver á subir al árbol, y esta vez con el aparato fotográfico. Y el regreso de mis camaradas me hizo concebir el plan que inmediatamente puse en ejecución: instalado de nuevo cerca del nido, con una cuerda sujeta al tronco para disminuir en lo posible el riesgo de una caída, me hice pasar el aparato fotográfico sujeto á la extremidad de un hilo bramante.

Desgraciadamente, no había pensado en el retroceso necesario para enfocar. Cuando comprobé, después de numerosas tentativas, que me era materialmente imposible obtener un *cliché* bueno, por fuerza tuve que reconocer lo irrealizable de mi proyecto. El sarcasmo de un camarada hizo nacer en mi imaginación una idea luminosa.

— ¡Mételos en el bolsillo; así podrás criarlos en jaula! — me gritó uno de mis burlones amigos.

En los bolsillos, no; ¡en el sombrero! Si pudiera bajarlos para hacerlos *posar*... Luego los volveria al nido, después de haber consagrado algunas placas á su juvenil y grotesca fealdad.

Los planes más extravagantes son á veces los más razonables. El mio fué ejecutado con una fidelidad maravillosa y sin grandes protestas, á pesar de los gritos amenazadores de los padres, que habian acudido en seguida. Los cuatro pequeñuelos aceptaron la momentánea hospitalidad de mi sombrero, que, sólidamente atado al hilo bramante que me sirvió para subir el aparato fotográfico al árbol, resbaló

Ayuntamiento de Madrid

UN POCO MÁS TARDE

Ya no son pequeñitos, pero sí admirablemente grotescos. Esta fotografía puede decirse que es única. ¿En qué podrán pensar esos cuatro animalitos?...

Ayuntamiento de Madrid

¡ ADOLESCENTES !

Luego de una estancia de tres semanas en el cabo Romano, el fotógrafo sorprendió á las garzas, ya crecidillas y... capaces de andar solas por el mundo.

hasta el suelo, en donde yo me encontraba al poco tiempo.

Espaciados á intervalos regulares sobre una rama poco elevada, soportaron amablemente la operación fotográfica, entre las risas de mis compañeros, que no podían contemplar seriamente su aspecto contrito.

Un cuarto de hora después, la dolorosa ansiedad de los padres tocó á su término: los cuatro paquetitos de plumón amarillo volvieron á ocupar su puesto en el nido, en el que deposité, además, un puñado de pescadillos, cogidos aquella misma mañana.

¿Fué este primer regalo lo que me valió menos hostilidad, por parte de los padres, en mi segunda ascensión? Tan brillante comienzo me incitó á intentar de nuevo la empresa, fotografiando los progresos de la nidada. Y cada dos ó tres días me apoderaba de los pequeñuelos por algunos instantes, hasta que terminaron por no protestar, resignándose á la captura periódica de que eran víctimas, y absteniéndose de acompañar mi descenso del árbol con sus agudos gritos, y hasta saludando mi retorno al nido con alegre batir de alas. Y terminé por no saber lo que aclamaban con más entusiasmo: la restitución de sus hijos ó la perspectiva del regalito de pescados.

Los pequeñuelos terminaron por verme con pitidos de alegría, y cuando, pasadas tres semanas de estancia en las orillas del Cabo Romano, regresamos, con qué pena me separé de ellos.

Tiempo después tuve ocasión de verlos, pero ya se habían transformado en unos buenos mozos. Y, sin duda alguna, debían pensar de vez en cuando que jamás pájaros así habían sido tan admirados, si se juzga por el número de fotografías que se les hizo.

Víctor Forbin.

Ayuntamiento de Madrid

Fachada principal del Palacio, que mide 155 metros. Corona el hermoso pórtico central un ático con cuatro cariátides representando las Estaciones.

Los jardines de la Granja

◇ ◇ ◇

Madruguemos...

« Lo más deleitoso de la vida, dijo Fray Luis de León, es la mañana.

» Porque entonces la luz, como viene después de las tinieblas y se halla como después de haber sido perdida, parece ser otra y hiere el corazón del hombre con una nueva alegria; y la vista del cielo entonces, y el colorear de las nubes y el descubrirse del aurora (que no sin causa los poetas la coronan de rosas) y el aparecer la hermosura del sol, es una cosa bellísima.

» Pues el cantar de las aves ¿qué duda hay sino que suena entonces más dulcemente? Y las flores, y las hierbas, y el campo, todo despide de si un tesoro de olor. Y como cuando entra el rey de nuevo en alguna ciudad se adereza y hermosea toda ella, y las ciudades hacen entonces plaza y como alarde de sus mejores riquezas, así los animales y la tierra y el aire y todos los elementos, á la venida del sol se alegran, y como para recibirle se hermosean, y mejoran, y ponen en público cada uno de sus bienes »...

Deleitosa es, en efecto, la mañana; sus galas y dulzuras parecen ser más adorables cuando se difunden en jardines como los del Real Sitio de San Ildefonso. Entonces, la piadosa salutación que nos enseñó á recitar nuestra madre acude á los labios, perfumándolos con tomillo, con bondad. ¿Quién, por poco que madrugue, no la recuerda emocionado y limpio de corazón?

Bendita sea la luz del día
y el Señor que nos la envia...

Así, aborreciendo momentáneamente la cama, los numerosos forasteros que desde

Ayuntamiento de Madrid

Jarrón del parterre de la Cascada Nueva. Es de plomo pintado y se tasó en 9.000 reales el año de 1748.

Madrid han venido en la diligencia de Segovia invaden las amplias avenidas.

Entre la fronda gorjean los pajarillos. En la cima de Peñalara refulge la nieve. El aire, fresco, oloroso, es una caricia inacabable. Los expedicionarios, con ingenua verbosidad, ponderan la hermosura de la hora, la armoniosamente avenida con la del sitio real. No hay, entre ellos, eruditos; ni siquiera les acompaña un cicerone. Son gente sana, terminantemente decidida á correr, á reir, á beber aire puro y agua fresca, aprovechando la libertad de todo un domingo y la baratura de un tren de recreo.

LA IDEA DE UN REY

Felipe V, rey de las Españas, después de firmada la paz de Utrech, é inspirado en religiosos sentimientos, fundó este real sitio, según saben casi todos los cicerones. El nombre de *La Granja*, debe su origen á una pequeña hacienda de campo, propiedad de los frailes del convento del Parral, quienes la mandaron construir cerca de la ermita dedicada á San Ildefonso por el rey Don Enrique IV (1450), y de la que se había hecho cargo la Comunidad de San Jerónimo cuando los monarcas Fernando é Isabel se la cedieron con varias fanegas de terreno.

El primer monarca español de los Borbones, recordando el magnífico Versalles, quiso dotar á España de una residencia que no le cediese en punto á amenidad y hermosura.

A tal efecto, pidió el aludido terreno, y, según cuenta el doctor Don Santos Martín Sedeño, « por convenio celebrado el 23 de marzo de 1720, quedó por S. M. por

Jarrón de la plaza de la Fuente de Diana. Tasada en 13.500 reales, el mismo año que el anterior.

Ayuntamiento de Madrid

Fuente llamada de Diana. En esta notable fotografía triunfan las dos bellezas más admirables del jardín : la estatua y la avenida, el ritmo de la escultura y el susurro de la fronda...

Ayuntamiento de Madrid

la renta anual de mil ducados y cien fanegas de sal, que había de recibir la Comunidad de Jerónimos de Segovia de las salinas de Imón. Tomó también á la muy noble junta de Linajes de dicha ciudad de Segovia 201 fanegas de tierra montuosa, cuyo valor ascendió á 80.400 reales. Por el coste y aprovechamiento de 55.482 pinos y arbustos de que tuvo necesidad para sus obras, además, cedió generosamente la dicha ciudad 192 fanegas y 4 celemines de tierra, que es la parte que ocupa el *mar* ó estanque grande de los jardines y llega al llamado del *Chato*.

» Todo el terreno que está amurallado y que fue tomado en distintas épocas, ascendió á 415.798 reales vellón ».

Del palacio de la Colegiata y de otros edificios del real sitio hablaremos algún día. Ahora, como hace sol, corramos á ver

LAS FUENTES

A veintiséis asciende el número de las fuentes monumentales, muchas de ellas superiores á las de Versalles, á juicio de propios y extraños. Ocho están reputadas como de « primer orden » y de segundo las restantes.

Partiendo del Cenador, se encuentran en la sucesión siguiente :

Fuente de *las Tres Gracias*; de *los Vientos*; de *Anfitrite*; de la *Selva ó Pomona*; del *Caracol* (dos); de *Neptuno*, conocida por la *de los caballos*; de *Apolo*; de *Andrómeda*; de *la Taza*; del *Canastillo*; de *la Taza* (otras dos); de *la Fama*; del *Canastillo*; de *Latona*, llamada también *de las Ranas*; de las *Tres Gracias*; de las *dos Tazas*; de los *Dragones*; de *la Taza*; de *la Reina*; de *las Ranas*; de los *Baños de Diana*; de *los Dragones*; de la *Fama*, y otra *de los Dragones*.

De casi todas ellas fueron autores Thierri y Fremin, secundados por Bousseaus, Demandre y Pitue. Fueron esculpidas *en plomo* barnizado.

La de la *Fama*, verdaderamente magnífica, lanza un surtidor de *treinta y siete* metros de altura; la de las *Tres Gracias* tiene un delfín de cuya boca surge un chorro de *once* metros; en la *de Apolo* figura una serpiente que proyecta otro de *veintitrés* de elevación... y así sucesivamente, porque la enumeración sería enojosa. De la grandiosidad de estas obras dará idea un dato escogido al azar; por ejemplo, la fuente de *Andrómeda* tiene *setenta y tres surtidores* encontrados, y otro, el central, que se eleva á *veintiocho* metros...

La llamada *Cascada Nueva* corre majestuosamente por el parterre que se extiende delante de Palacio, atrayendo la atención de cuantos la admiran.

El agua que va deslizándose á lo largo de diez mesetas de mármol, arranca de un estanque en el centro del cual surge el magnífico grupo de Aglaya, Talía y Eufrosina. Anfitrite, sentada en una concha, hállase rodeada de cisnes y delfines, de cuyas bocas parten numerosos surtidores que forman variados y caprichosos juegos de agua.

La fuente *de los Vientos* — clasificada como de primer orden — llamada también de *Eolo*, ofrece la particularidad de que 16 céfiros lanzan otros tantos chorros de agua, que se cruzan, « formando una neblina blanca y agradable », é imitando el rumor del viento. El surtidor sube á la altura de *diez y nueve* metros. Débese esta fuente al buen gusto de Renato Fremin y fué restaurada en 1848.

La del *Canastillo*, igualmente de primer orden, es una de las que más admira el público, por sus bien combinados juegos de aguas.

En el centro del redondo estanque elévase un canastillo sostenido por cuatro cisnes con las alas desplegadas.

Rodea el canastillo, que rebosa de frutos y flores, una corona de espadañas sobre la cual se recuestan graciosamente cuatro náyades, con los brazos extendidos.

En esta obra, de tanta elegancia como buen gusto, su autor, el citado Fremin, idcó tres caprichosos juegos de aguas. Su adorno, según cuenta Martín Sedeño, « parece muy sencillo, ocultando realmente lo que es, pues consta de 41 caños, de los cuales 32 vierten oblicuamente y los 9 en elevación : el principal surtidor es de 21 líneas, los 8 que acompañan de 12, y su mayor altura 89 pies.

» Arrojan con tanta fuerza los 32 caños de agua cuando se dirigen afuera, que si se aprietan las llaves salen á diez pasos del recipiente, ó sean 150 pies de circunferencia. »

Lo cual quiere decir que el agolparse el público en torno de esta fuente, como le ocurre con otras, exponíase á remojones y atropellos. En efecto, cuando el agua surgía impetuosa de los caños, los

Ayuntamiento de Madrid

espectadores, sorprendidos gratamente, pero sin paraguas, se apresuraban á huir en pintoresca desbandada, originando una lamentable confusión. Hoy la gente se mantiene á respetuosa distancia, desde las bocacalles que parten de las plazoletas respectivas.

LOS JARDINES

Difícil empeño sería hacer, aunque someramente, una descripción total de las hermosuras que encierra el Real Sitio de La Granja.

Los jardines, con su «Laberinto», donde se han repetido escenas de Watteau y Fragonard, fueron trazados por Boutelou y ocupan una extensión de cerca de 150 hectáreas.

Desde la fuente de *Andrómeda* al subir hasta el monte, encuéntrase el gran lago artificial, más conocido por *el Mar*.

En la orilla, cerca de una de tantas cascadas caprichosas, que se despeñan saltarinas y musicales por rocas y grutas, vese una casita donde se conserva cierta suntuosa góndola, en la que Carlos III solía emprender amenas excursiones por el lago.

También el curioso encuentra allí un vivero de truchas, donde estos sabrosos peces son, en su propagación y desarrollo, solícitamente atendidos, lo cual ofrece pormenores siempre interesantes para el profano que se limitó á comer las aludidas truchas lo más diestramente escabechadas.

El *mar* tiene una longitud de unos trescientos metros, por ciento seis de anchura. Es *treinta metros* más largo que el estanque del Retiro, de Madrid.

De dicho depósito, formado por arroyos que caen de las cumbres llamadas de Morete, Peñalara y Carneros, se surten varias fuentes, entre ellas las de *Andrómeda*, de *la Fama*, del *Canastillo* y de *Apolo*.

Estatua de mármol, representando el Nuevo Mundo (Parterre de la Cascada, tasada en 36.600 reales el año de 1748).

Ayuntamiento de Madrid

Felipe V quiso que fuese cuadrado el *mar*, y que en el centro de él se hallara la casita de la góndola, pero la muerte del monarca lo impidió.

Las obras, que se conservan casi en el mismo estado, datan del año 1741.

Tal sitio brinda un panorama más hermoso y pintoresco que el que se admira en Versalles desde el Palacio.

Allí acaban los jardines, levantados, como es sabido en la falda de la sierra, y comienza el monte, frondosísimo, pródigo en rincones deliciosos. Añadamos que estos parajes, fondo encantador de todas las avenidas, se hallan á una altura de *mil trescientos* metros sobre el nivel medio del mar.

¿Y qué decir de las estatuas, estanques, monópteros, jarrones, balaustres, chocillas, pabellones, grutas, cascadas, puentes rústicos y mil ornamentos más con que, por indicaciones de Felipe V y de Carlos III, se enriqueció, embelleció y amenizó esta posesión verdaderamente regia, en la que la Naturaleza concertó un pacto tan fecundo con jardineros, escultores, arquitectos y artífices?

Arboles de mil especies vierten su sombra, amable y perfumada, durante las ardorosas tardes del estío; flores diversas embalsaman el aire y deleitan los sentidos; y á lo largo de tan encantados jardines, en las silentes glorietas, en las enarenadas y pulcras avenidas, en los parterres, hechizando al paseante, cupidos, náyades, sirenas, céfiros, ninfas, silvanos, medusas, nereidas, caballos, pegasos, tritones, serpientes, delfines, cisnes, leones, ciervos, ranas, galápagos, diosas, dioses, genios y musas, dan el calor de la vida y la poesía del símbolo á un extraño, confuso y encantador mundo de piedra.

Quisiéramos disponer de espacio para hacer un fervoroso elogio de este pueblo, de esta fauna de mármol y de estaño que evocan edades venturosas, y cuyas significaciones, agrupamientos y actitudes tienden exclusivamente á entronizar la línea, el ritmo, la belleza plástica...

¿No es esta la ciudad del olvido, el jardín encantado, el parque radiante y optimista al amanecer, dulcemente misterioso, anegado en el resplandor sideral por las noches, donde el dolor no existe?

Los jardines son refugios, asilos, puertos en los que, lejos de las borrascas sociales, los hombres anclamos nuestras inquietudes. En este Real Sitio, los acosados por el tráfago mundano hallan consuelo de oasis; divagar y pasear, tener un sueño lírico y una avenida olorosa, es sentirse raptado á otra vida mejor, fugarse de la sombría cárcel del cotidianismo. Porque el que traza calles de árboles, idea glorietas apacibles, inventa cascadas y crea el magno poema de un jardín, llámese Le Notre, llámese Boutelou, es un médico, es un filántropo y es, también, un poeta.

CURIOSA TASACIÓN

Según datos recogidos por el señor Martín Sedeño, en 1748, al hacer la testamentaría del rey Felipe V, se tasaron los magníficos jarrones y las estatuas de este Real Sitio en *3.881.880 reales vellón*.

Cada uno de los ocho jarrones del parterre de la Fama fué valorado en 19.600 reales.

Respecto de las fuentes, los peritos tasadores, perplejos, acabaron por tener un estupendo arranque de ingenuidad. Tal era, á su entender, el mérito de las obras de los Fremin y Thierri, que no podían fijarle precio ni aun aproximado.

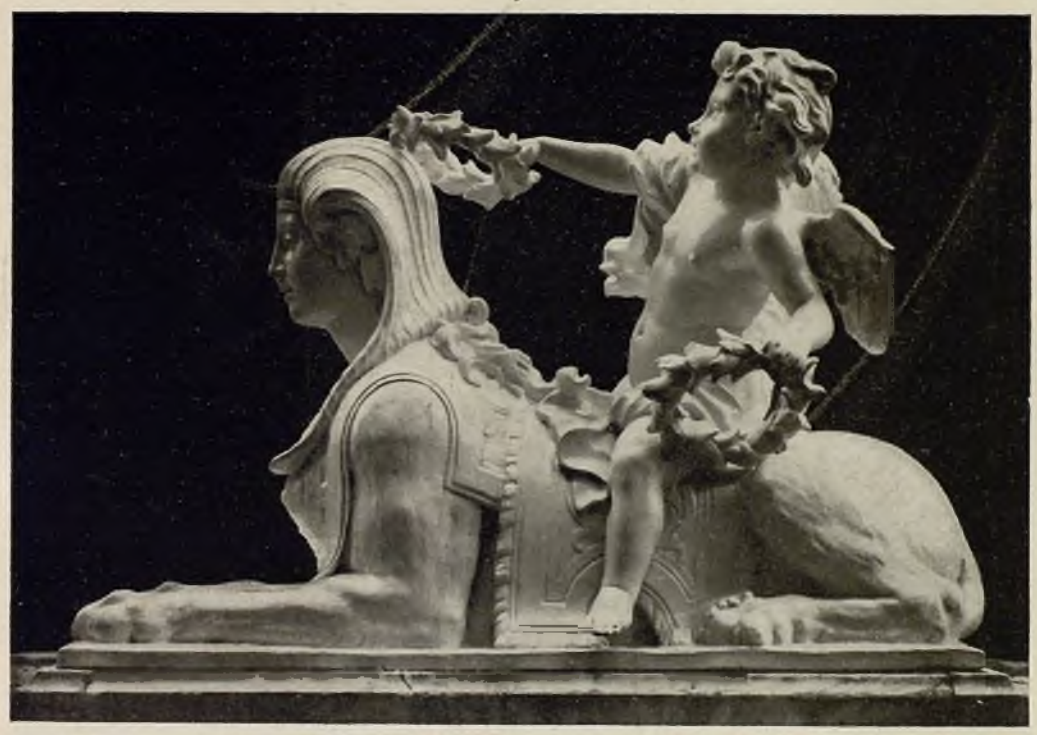
Por último, dícese que en las obras realizadas en la Colegiata, Palacio, Jardines, surtido de cañerías de las fuentes, etc., antes de fallecer el monarca, se invirtieron cerca de *quinientos millones* de reales.

LA INFANTA SONRÍE

El Real Sitio de San Ildefonso cubre con la sombra de sus tilos, olmos y álamos varias páginas de la Historia española. Allí, además de Felipe V y de su esposa Isabel de Farnesio, residieron en ocasiones Carlos III, Fernando VII y su cuarta mujer Doña María Cristina; se celebró el *tratado* llamado de San Ildefonso, (18 agosto 1796) formado por Godoy, en el que España se comprometía á auxiliar á Francia con 24.000 hombres y 15 navíos; y otro, concertado entre el mismo príncipe de la Paz y Napoleón (1800), en virtud del cual se incorporaban á Francia los estados de Plasencia y de Parma (de que disfrutaba el infante D. Luis) amén de la Luisiana y diez navíos españoles, á cambio de los estados de Toscana.

Como es sabido, los actuales reyes pasan parte del verano en la Granja, y la infanta Isabel, tan popular, tan amante

Ayuntamiento de Madrid



Esfinge de plomo pintado que se halla en el paseo que bordea la fachada principal del Palacio.

de su tierra, residiendo todas las temporadas en este incomparable sitio, vela con fortuna por el renombre de sus fontanas y bosquecillos.

Fotógrafos y cronistas han reproducido reiteradamente la escena, entre cortesana y pueblerina, que durante los cálidos meses de verano borda con sus bondades la insigne dama.

Bajo la ancha calle de castaños, suele pasear á pie, sin otra pompa que la de su sencillez. Forasteros y veraneantes se apresuran á saludarla, besando su mano; ceremonia que tanto tiene de salón palatino como de fiesta popular, y que suple á aquellas estampas antiguas, en las que intervenían literas, pajes, casacas, miriñaques, un embajador que sonríe y una dama que entorna las pestañas para que por entre ellas pase quedamente la mágica maravilla del paisaje...

La infanta extiende la mano, y sonríe á todos, á todo... El paisaje, luminosamente verde, da á este gesto el mismo fondo inolvidable que Trianón pedía á sus

> duques pastores,
> amantes princesas y tiernos galanes,
> cuando, entre sonrisas y perlas y flores,
> iban las casacas de los chambelanes.

E. Ramírez Angel.

A la amabilidad del Sr. Prast debemos las magníficas fotografías del presente artículo.

Ayuntamiento de Madrid

SEMANA SANTA EN ESPAÑA

EN ANDALUCÍA

Soldados que acompañan á Nuestro Señor hasta el pie de la Cruz.

Esta otra fotografía nos muestra la Pasión del Divino Crucificado representada por aldeanos andaluces.

Ayuntamiento de Madrid

LAS VIEJAS LEYENDAS

Fuerte por el arte y por la natural fortaleza del sitio, se alza en la altura el pétreo recinto coronado de almenas. Allí, tras ellas y sobre la roca inexpugnable, asienta la silla real de la monarquía visigoda...

Calles estrechas y tortuosas, pesadas construcciones adheridas á los muros, altas y achatadas torres dominantes, sombrías fachadas de granito y angostos ventanales y claraboyas, arcadas de tosca traza y obscuros zaguanes tras ellas... De vez en cuando, algún altivo magnate de la raza conquistadora, jinete en brioso

Ayuntamiento de Madrid

corcel, calzadas las sandalias bordadas de pedrería y el acicate de oro, al costado el tajante *frankis* y de los hombros pendiente el soberbio manto de púrpura; alguna lilera conducida por membrudos jayanes de aire embrutecido y marcial continente; villanos envueltos en burdos sayos, monjes cubiertos de áspera cogulla, y allá, sobre el adarve, destacándose en el azul, la silueta del guerrero que adarga embrazada y de la derecha mano, la borda erizada de púas ó la aguda *catega* arrojadiza, se mueve acompasadamente... Es Toletum, la ciudad regia de los godos, émula de Roma y Constantinópolis.

. . . . . .

La sencilla adusted de aquellas razas bajadas de los confines hiperbóreos, perdidas las bravías rigideces de sus líneas, se avino fácilmente con la natural gravedad de la gente ibera. Si á esto se junta la lentitud de aquel vivir, que el individualismo bárbaro recluía bajo los lechos señoriales, habrase idea, tal vez, del cuadro prócer y hierático que, bajo el imperio godo, ofrecía Toledo, cuando no alteraba la calma profunda algún ostentoso acaecimiento, tal que la coronación de un rey ó algún otro suceso, fuera de lo ordinario, como las juntas de un concilio, la entrada, en manera de triunfo, de armas victoriosas ó... el estallido de una de aquellas frecuentes conspiraciones que ensangrentaron el trono de Alaulfo con horribles turbulencias, y en lo cual nada pudieran echar en cara aquellos hombres nórdicos á las taifas de los hijos del Oriente, ni á los príncipes y señores cristianos de la Reconquista. Que tal parece ser el destino del viejo solar ibérico en que, no en vano, una leyenda mitológica, que parece una profecía, puso aquel Jardín de las Hespérides en que floreciera el árbol de la manzana de la Discordia.

No obstante, hacia los comienzos del octavo siglo, á la antigua austeridad de costumbres, había reemplazado ya el lujo y la molicie, y en las márgenes del Tajo se respiraban auras de placer, mecidas por la agitación de cortesanas fiestas.

Pero si los placeres y los vicios habían corrompido las antiguas virtudes guerreras y el temple viril de los hijos de Alarik y Theodored, la levadura moral del Cristianismo no había logrado « despersonalizar » al bárbaro, que continuaba siéndolo en lo íntimo ni la civilización latino-bizantina pasara más allá de la ruda corteza. Y aun parecía que la ferocidad de sus pasiones hubiese acrecido, como si el sentimiento del pecado ejerciera en aquellas almas, sencillas y obscuras, la misteriosa atracción del abismo.

Muy lejos estaba la ingenua crueldad propia de aquellos tiempos, de las refinadas perfidias de las cortes de la edad moderna. Bien sabían, del duque al último siervo, cómo desde Ataulfo se solía subir y caer de aquel trono tantas veces manchando con sangre de hermanos y de hijos.

. . .

Reinaba aún, á la sazón, Flavio Witiza, hijo de Egica, del linaje de Wamba. Bien pronto reanudó la obra de su padre el implacable perseguidor de la familia rival, los duques de la estirpe de Chindaswinto y de otras casas principales. Sin freno la fiereza y la liviandad del monarca, las cosas de los godos iban rápidamente y por derecho camino á despeñarse.

Las grandes esperanzas, que á los primeros pasos de su gobierno hiciera concebir, se trocaron luego en acerbo descontento. La rebelión y la conjura estaban en el aire.

Sombras de inquietud nublaban, por aquellos días, muchos semblantes. En lo más solitario de algún apartado callejón solían encontrarse parejas de tiufados (1) ó de gardingos envueltos en larga estringe civil, conversando brevemente y con recato. Bajo las bóvedas de cámaras señoriales se cernían quedos aleteos de rumores siniestros.

Como de propósito para generalizar el desasosiego de los ánimos, hacía ya una semana que por las calles de Toledo empezara á cundir la voz de los dichos proféticos y extrañas cosas de un no menos extraño personaje. Decíase este del linaje de Heber y por la línea de Jectean descendiente del tronco real de los Hamoiritas, de la Arabia Feliz. Su persona, en efecto, ofrecía todos los rasgos de aquellos árabes hebraizantes establecidos al amparo del poder visigodo y que tanto sufrieron durante el anterior reinado.

Entre el estruendo de las fiestas y los placeres cortesanos, aquella voz acababa de penetrar en las mismas regias aulas del Pretorio, que este era el nombre que llevaba entre los godos la mansión de sus reyes.

—¡Que lo traigan á mi presencia!—ordenó Witiza, cuando llegó al fin á oídos suyos.

Muy pocas horas después, hacia las últimas de la tarde, el tapiz que cubría la puerta de la real cámara se alzaba para dar paso á un hombre que vestía raída hopalanda, no muy alto, delgado y flaco de cuerpo.

— Acércate, siervo miserable — exclamó el rey cuando le vió postrado en la mitad de la estancia. Y añadió, mirándole

(1) Jefes de tiufadia, especie de cuerpo de tropas.

Ayuntamiento de Madrid

con fiereza: —¡Di que son ciertas esas patrañas!... ¡repitelas ante mí!

El interpelado permaneció inmóvil.

— Señor, sólo Dios conoce el arcano de lo que fué... Sólo Él puede leer en el libro de lo futuro — respondió al fin. Y calló. Pasó un instante, y ya se impacientaba el liviano monarca, cuando por un movimiento como de autómata, el hebraizante alzó la cabeza hasta dejarla echada algo atrás; tenía los brazos rígidos, á lo largo del cuerpo, y los ojos extraviados con horrible fijeza puestos en el bruñido acero de un espejo pendiente del muro frente á él.

De sus labios lívidos comenzaron á fluir, opacos y profundos, sonidos apenas articulados que bien pronto fueron frases cortadas, incoherentes al parecer, pero asaz inteligibles: « Yo oigo la voz de Dios, yo veo la ira de su mirada centelleante.

» El ángel del exterminio tiende sus alas vengadoras... Negras sombras cierran el horizonte... Arneses rotos, corceles galopando sin jinete y las crines encrespadas... ¡Cuánto cadáver mutilado, cuánto miembro aún palpitante!...¡Cuánta sangre!...

... » El incendio y la desolación va con ellos...»

» ¡Flavio: lo que está escrito se cumple! Sombras de crímenes y abominaciones cubren el trono de los godos. La maldición de Dios está sobre él! »

Hubo una pausa.

— « ¡Escucha, rey, escucha! — añadió con terrible acento. — Tu corona rodará. ¡Un vastago de real estirpe te arrancará la luz de la vida!... ¡Será el último rey de los godos! ¡Sobre su frente se rompera el cetro de oro y marfil! »

Calló el descendiente de Heber. Todos los circunstantes permanecieron mudos. Un hálito de terror flotaba en la estancia, poblada de visiones. No parecía sino que de la mirada, fija y brillante, del poseído se hubiera derramado no sé qué influjo inexplicable sobre aquellos hombres fieros y supersticiosos.

Witiza fué el primero que se recobró. El hebraizante había desaparecido. Tan en vano le buscaron como si le hubiera tragado la tierra.

***

Llegada la noche, el Pretorio estuvo

Ayuntamiento de Madrid

aún más concurrido, el festín real se prolongó aún más de lo que solía. Y resonaban todavía las voces y las risas, cuando ocurrió el suceso pavoroso.

Mirando al Setentrión y próxima al Tajo, sobre la boca exterior de la famosa cueva de Hércules, asentaba antigua torre — que la leyenda y la crónica conocieron también con el nombre de Palacio Encantado — de aspecto tétrico y protegida en su abandono por el terror que en torno á ella difundían consejas y tradiciones supersticiosas.

Era apenas pasada la mitad de la noche cuando en la almenada plataforma de la torre fueron apareciendo, una tras otras, muchas luces, como de antorcha, que oscilaban á impulsos del viento. Los soldados que velaban por aquella parte de los muros y algunos trasnochadores, hortelanos ó señores de los palacios de la Vega, creyeron ver junto á las mismas luces y á su claridad, grandes siluetas de humana figura, que tendían los brazos al cielo y agitaban el blanco ropaje flotante.

Y un coro de voces unísonas, armoniosas, ora vibrantes y enérgicas, resonando como un torrente lejano, ora suaves y murmurantes como un lamento, hendió los aires, en un canto salmódico.

Se oyó después como un formidable estruendo de armas, chocar de escudos, crugir de espadas... Un gran ruido, que se dijera una detonación y una gran voz gutural, estridente y prolongada. Se apagaron las luces y reinó un silencio profundo.

Aquella gran voz pareció á algunos de los que la oyeron un grito de guerra, ya escuchado desde las naves de Wamba cuando los godos repelieron en el mar las primeras agresiones de los sarracenos.

Los toledanos diputaron el hecho como sobrenatural y de funesto augurio. Tal vez Zabulón el rabbi ó el árabe hebraizante Alshamaj el Julani, de el achá-el-Jemen, hubieran podido dar razón más sencilla y humana.

* * *

Horas después, cuando el sol del nuevo día acababa de trasponer el horizonte, en el fondo de una torre del Pretorio de los Flavios un hombre lanzaba espantosos aullidos y retorcía desesperadamente el cuerpo y los brazos, arrojándose contra los ennegrecidos muros graníticos.

Las cuencas de sus ojos estaban vacías y de ellas manaban dos chorros de sangre que, después de haber hecho de su faz horrenda máscara, corrían á lo largo de la estringe azul.

Witiza había muerto para sus vasallos.

Rodrigo, de la regia estirpe de Chindasvinto, que le sucedió, trocó el título de Flavio por el de Dóminus.

El imperio visigodo había cambiado de Señor, pero no de destino: dos años adelante el trono de Alarik y Leovigild se hundía en las enrojecidas aguas del Barbate.

MAGDALENO DE CASTRO.

Ayuntamiento de Madrid

EN ALBANIA

Llegada del príncipe de Wied, rey de Albania, á Durazzo, capital de la nueva monarquía. — En los medallones: á la izquierda, el desembarco; á la derecha, los reyes saludando desde uno de los balcones del Palacio.

Oficiales holandeses encargados de organizar el servicio de la guardia civil en el reino que acaba de nacer.

Soldado albanés.

Como consecuencia de la guerra balkánica, cuyos episodios son conocidos por la Prensa mundial, nuestros lectores saben que ha nacido una nueva monarquía, cuyo rey, el príncipe de Wied, acaba de llegar á Durazzo, la ciudad que ha elegido por capital de sus dominios.

Este príncipe, Guillermo Federico Enrique de Wied, pertenece á una noble casa y figura en el Ghota con los títulos de príncipe de Wied, conde de Isemburgo, señor de Runkell y de Neuerburgo y miembro hereditario de la Cámara prusiana de los Señores.

El nuevo rey debe el trono al celo de la reina Isabel de Rumanía, más conocida por su pseudónimo de Carmen Sylva, que figura en la historia literaria actual. Es un hombre joven, de aspecto simpático y marcial, amante de las ricas porcelanas, de las que tiene una hermosísima colección en su palacio de Postdam, y *sportman* consumado. Su esposa, la princesa Sofía, es también aficionada á los deportes y mujer de amplio criterio y grande base cultural.

Ayuntamiento de Madrid

Esta joven pareja es la que, desde octubre último, rige los destinos del nuevo Estado albanés y que ha de pasar muchos y grandes trabajos para gobernar un país en el que se desconocen todos los adelantos modernos.

El pueblo albanés, nómada y dedicado al pastoreo, contempla con cierto miedo la máquina que ha de producir electricidad en el palacio real y que se haya colocada en la puerta mientras se acaban de hacer las reparaciones necesarias en la regia residencia, opone pasiva resistencia á los impuestos, considera como aparatos diabólicos los objetivos fotográficos y se sonríe de los ejércitos europeos.

Nuestro corresponsal fotográfico, luego de inauditos esfuerzos y no escasa dosis de paciencia, ha conseguido tomar las fotografías que ilustran estas páginas.

Tres tipos indígenas: un vendedor de pollos, conductores de carros y una mendiga.

Ayuntamiento de Madrid

LAS ARRAS DE CARNE

¡Payaso! ¿le trastornas?

— ¡Muero!

— ¡De éxito!... ¡de felicidad!

— ¡De hastío! ¡Sufro la enfermedad de los multimillonarios y de los multimiserables!

— ¡No eres una cosa ni otra!

— Ni... ¡nada!... ¿Y tú? tú, pobre Yorik del rugido, ¿qué eres? Cuando cesa el restallar de tu látigo y con la luz del circo se extinguen las explosiones de oro en los barrotes de tu jaula, ¿qué te queda con tus felinos de juguete y tus mallas descoloridas? ¡la verdad! una verdad triste y también con mallas, porque, para nosotros los que vivimos de la ironía del aplauso, la verdad no anda jamás desnuda...

— ¡Te equivocas, Tony!

— ¡Mira, Dick! — añadió el clown, colocando su mano áspera y gorda sobre el hombro robusto de su camarada. — El rubor de la vergüenza puede disimularse; el de la envidia, no; ¡cómo será la tuya, cuando hace más vivo el colorete de tu cara!

— ¡Me insultas!... ¿qué he de hacer, si estás loco?

— No cabe duda: fingirte el cuerdo para que crean los demás que tienes razón.

— ¡Ea!... ¡vamos con la noticia!

—¡Oye!... ¡mañana me quito de en medio!

— ¿Tú?

— ¡Yo!

El domador le contempló un instante. Luego levantó la pesada cortina, quedando á plena luz, y volviéndose para mirar nuevamente á Tony, le dijo con expresión de ira disimulada:

— ¡Bromeas!... ¡aunque te lo propongas, no morirás!... ¡te fundió la fortuna! ¡te sigue el aplauso! ¡fallará la pistola que te dirijas á la sien! ¡acuérdate de la gitana de Coblenza!

— Pues, pese á tu gitana, me mataré.

— Te digo... « El día que te arrojes de cabeza al mar, el mar se convertirá en un blando tapiz de flores. » Yo, en cambio... ¡Adiós, Tony!

— Adiós, Dick, y... ¡lo dicho, dicho!

El domador fué á perderse en la luz con leve encogimiento de hombros y el payaso quedó en la penumbra con las miradas fijas en aquellos cuadros de quebrada claridad que arrojaban las puertas de los camerinos; á lo lejos sonó la risa de una mujer; más cerca, un cántico, y un hércules, haciendo sonar los arrequi-

Ayuntamiento de Madrid

ves de su tonelete y llevando todavía en el gesto la satisfacción de su triunfo, se perdió en el fondo de la galería.

— Mañana — exclamó el payaso melancólicamente, — todo esto seguirá lo mismo, y yo seré tierra, y tierra soy que no se estremece; voy á la nada con placer y por gusto. ¡Aplausos! ¡admiración! ¡repeticiones y salidas! ¡cambios de decoración! ¡países que ya vi! ¡Y vuelta á empezar la serie de saltos mortales en la gran batuda! ¡ya basta, Tony, ya basta! ¡eres rey soberano de tu albedrío! Sólo quisiera saber una cosa: si oiré la explosión que haga el prodigio de dejarme sin vida! ¡Todo en mi voluntad, y mi voluntad en una bala, en el fondo de un revólver! ¿hay mayor cosa? ¿apagar tanto frío con tanto fuego?

* * *

En vano los felices pordioseaban un rayo de sol que no salía. La mañana era dura y la niebla, condensándose, daba á los árboles un atractivo misterioso. Vióse avanzar algo ligero que tenía también un vuelo gracioso y un contorno elegante. Una mujer. Llegó hasta un banco, donde detuvo su paso de fantasma, y lanzó un grito. Un hombre medio vuelto de espaldas iba levantando una pistola hasta la altura de su frente; el cañón era una raya lívida, siniestra; la bruma solidificada; el hielo luminoso convertido en acero.

Al oir la exclamación, el hombre se contuvo y la mujer avanzó el rostro pálido.

— ¿Tú aquí, pobre Olimpia?

— ¿Tú?... ¿eres tú, Tony? ¿Qué intentabas? ¿Qué pensabas hacer?

— ¿Yo?... ¡nada!... me iba... ¿Y tú?

— Yo.....

Olimpia vaciló un instante, y luego, de repente, tuvo en la garganta una congestión de sollozos.

— ¿Lloras, pobre Olimpia? — exclamó Tony desmontando el gatillo y guardando el arma. — ¿Lloras? ¡te has salvado! Las mujeres sois tenaces, en todo menos en esto de morir; un poco de llanto abre la esclusa á la pena contenida.

— Pero... ¿cómo sabes?...

— Poco hay que adivinar; el lago está cerca, la hora no es de recreo, sino de muerte, y, además... además eres una profesional del suicidio. No es la primera vez que lo intentas.

La mujer endió por la niebla su mirada y dijo :

— No; es cierto; ¿de qué sirve la vida á las desesperadas como yo?

— ¡Vamos!... sea tu confesión el complemento de tus lágrimas. Ambos sentimos una extraña curiosidad que nos hace suspender.

— ¡La ley de herencia, Olimpia!

Quedóse la mujer absorta, como mirando hacia una época pretérita, hacia un misterio que se descubría.

— Es cierto — dijo; — mi padre se ahorcó.

— ¿Ves? .. Y te dejó un trocito de cuerda que llevas siempre dentro de ti.

— Pero ¿y tú? En la aldea nos conocíamos todos y en tu familia no hubo tragedias.

— También es verdad; pero yo... yo quiero dejar esa ley de herencia, y como no tengo sucesión, pues la herencia en mí empieza y en mí se acaba.

»Yo... ¿sabes? — añadió meditando — era un alma muy grande, que engañada por el resplandor de las lentejuelas, se metió en la envoltura de un payaso. ¡La luz! ¡siempre la luz! — decía, y vió algo luminoso, también con lentejuelas y cascabeles... y era el amor que la dió broma y fué alejándose. ¡Allí!... ¡es allí! — gritó después, viendo un fuego fatuo que era la amistad; y todo la huía, y como era tan inquieta empezó á saltar, y los saltos la dieron oro, y con oro compró un poco de aquella luz y de aquel fuego.

— ¡Qué lástima!... ¡Yo di al principio aquella luz de balde! ¡También el alma me lo aconsejaba!

— Todo es mentira... y, sin embargo, ¿no ves mucho de providencial en este encuentro? ¡Hay aquí algo que me hace estremecer pensando en la fatalidad que nos guía! Íbamos á coincidir, sin saberlo, en la hora fatal, y he aquí que, en lo alto de los campanarios, algo superior sujeta las lenguas de bronce haciendo que esa hora no suene. Mil laberintos tiene el bosque, y á propósito y con niebla, nadie da con nadie, y tú, ciega de ojos, ves con tus plantas el camino que has de seguir y atisbas mi rastro, porque ello está escrito, y llegas... ¡cuando mi mano, que no vacila, va á soltar el tiro! ¿qué es esto sino un poema sin palabras?

— ¡Vivamos, Tony, y alabemos á Dios! Inventaremos una vida de esto que nos empeñábamos en perder.

— ¡Sí, la lucha que entretiene; el obscuro afán que empuja á lo anónimo! Tic-

Ayuntamiento de Madrid

nes razón. Mi capricho cuelga de un clavo de oro la ampulosa botarga del payaso. ¡Quédese flotando en el aire con tus galas de aventurera! Vamos á buscar la guardilla angosta, el rayo de sol, la pared desnuda, el pan del pobre, oliente á la retama por comerse temprano y con hambre; el cansancio de la bondad y de los músculos; el sueño bruto del cuerpo machacado. ¡Veamos! ¡veamos!... todo eso no es una cosa nueva para nosotros, pero sí olvidada, casi olvidada. Yendo del brazo, aspiraremos el perfume de otras Olimpias y nos reiremos los domingos en el circo nuevo con las contorsiones de otro Tony, y admiraremos la catadura de Dick, del gran Dick, libre ya de su odio, cuando se meta en su jaula de los tigres, moviendo la barra y alzando la fusta, mientras los animales se incorporan roncando y dando manoladas, y rugiendo en una constante gradación de ruidos, al gritar aparatosamente el domador entre los píos de golondrina de su mujer:

—¡*Up*! ¡*up*! ¡*to leap*!

—¡El brazo, Olimpia! ¡el sol no sale, pero quizás le llevamos dentro!

—

Era el fin del poema del año; la época en que los vientos, adormecidos por las suaves caricias de la canícula, se revuelven en todos los puntos del cuadrante y hacen saltar las hojas de oro, y descuajan los árboles, y levantan trombas en las llanuras y empujan á las nubes negras y las dejan llorar, y las rompen al empaparse en lluvia. Flameaban á lo lejos en explosiones de gigantescos rubíes los cristales de la ciudad, y cerca, el río fuerte, reconcentrado, aparecía y desaparecía tras de los chalets, y de los merenderos, sobre cuyas mesas de tabla se entrechocaban las hojas muertas, buscándose al empellón del viento, como antes, en las horas tranquilas, se buscaban y rebuscaban las manos ardientes, estrechándose en ávidas promesas de amor.

Junto á una de estas mesas, y ante los restos de una comida, hallábanse Olimpia y Tony. El, con la copa en que había más sol

Ayuntamiento de Madrid

que vino: las piernas extendidas, el rostro afeitado, lleno y joven, la mirada turbia y algo de rictus temblón en los labios; ella, muda, pálida, intensamente pálida, elegantísima en su abandono, el codo sobre la mesa y la mirada en el espacio; el sol daba también en aquellos ojos; pero daba sin fuerza, como doblegando su rayo débil ante la falta de vida de aquel rayo azul.

— Ha transcurrido un año — dijo de pronto Tony; — te devuelvo tu palabra y tomo la mía. Es necesario que no tenga razón la gitana de Coblenza. ¡Si los voraces de vida, que sólo piensan brutalmente en vivir, pudieran saborear la ambrosía de este preámbulo! La sangre va, firme y serena, encajada en las ochenta pulsaciones que la salud consiente al que digiere bien, y, sin embargo, nosotros, en plena salud, en plena digestión y pleno aire, vamos, dentro de unos minutos, á dar fin de nuestra inútil vida. Tú, Olimpia, que ya sentiste toda clase de emociones, ¿no sientes el ansia de esta nueva emoción?

— Nací para sentirlo; ¿no lo sabes?

— Pero ¿no es cierto que te quedó algo por conocer en esta vida?

— Sí, algo que debe llamarse de algún modo. ¡No sé! ¡no sé!

— Yo, á fuerza de pensar, he dado con ello; nos faltó, en la sombra de nuestro hastío, una luz que no viste por ir muy alta... que yo tampoco vislumbré. ¡El Ideal! ¡Sólo eso puede ser el aliciente de la vida!

— ¡Bien!... ¡bien!

— ¿Crees que ha llegado el momento?

— Sí — respondió la joven.

—Pues saboreemos la muerte y no hagamos como ese necio de Dick, que metió hasta los hombros en las fauces de su tigre César, pensando en la ovación, y encontró su final sin saberlo.

Tony miró hacia el chalet, y viendo que nadie le observaba, sacó el revólver del bolsillo de su pantalón.

Ayuntamiento de Madrid

— No creo — dijo — que tengas precisión de ver nada más; hunde la cabeza entre tus brazos como si durmieras... ¡es cuestión de un instante!

Olimpia, estremeciéndose, hizo lo que se la mandaba. Tony iba palideciendo cada vez más.

— Es cuestión de un instante — repitió; y medio incorporándose adelantó el arma; pero, en aquel momento, le cogieron suavemente del brazo.

Un niño, un pequeñuelo, que sin ser sentido había llegado hasta él, era lo que le sujetaba así.

— ¡Niño! ¿quién eres tú? — preguntó bruscamente Tony.

Olimpia levantó la cabeza, con los ojos llenos de luminosa esperanza. ¡Tal es la vida!

— Mamá me envía y está allí — dijo el niño, alargando un papel escrito con lápiz.

Tony se apoderó de la misiva y dejó escapar una exclamación.

— ¡Ven!... ¡ven!... ¡corramos! — gritó entregando á su vez la carta á la joven y tirando del rapazuelo. ¿Dónde está?... ¿dónde está tu madre?

— ¡Se fué! — exclamó la criatura, con esa horrible indiferencia de la infancia.

Tony, tomó por la orilla, escudriñando el río, dirigiendo ansiosas miradas por entre los árboles desnudos. Sólo se oían los saltos del viento y el zumbar de las hojas.

Un guarda movió los brazos desde la opuesta orilla.

— ¡Se tiró la mujer!

— Y usted, ¿qué?...

— Yo... ¡no sé nadar!... vi la zambullida... grité... ¡Allá abajo va!... ¡ya la *pescarán* en otra parte!

Los dos candidatos al suicidio se contemplaron rápidamente y tuvieron la misma idea simpática. Luego, miraron al niño que parecía una aparición del crepúsculo.

— ¡No! — dijo rabiosamente Tony — ¡tenemos un deber que cumplir! — Y apoderándose con nerviosa mano de la extraña misiva, la releyó.

« Antes de entregar mi vergüenza á ese río que no perdona, me recreo en vuestra felicidad y pongo bajo el amparo de ella á este niño.

» Dadle vuestro nombre; velad por él y rezad por mí! No sabéis quién soy; pero, al orar por la madre del niño abandonado, Dios permitirá que lleguen hasta mi alma dolorida los beneficios de vuestras oraciones.»

— ¡Bien acabó este melodrama! — refunfuñó Tony.

Luego cogió al pequeño y lo levantó, volviéndole hacia la luz que se iba.

— ¡Hijo de mi alma! — clamó Olimpia — ¡qué rubio! ¡qué bonito es!

Se detuvo, asombrada de su exclamación, y como dándose cuenta de algo.

—¡Patrón! — gritó á su vez Tony—¡eres fuerte y guapo! ¡Tienes derecho á tratar tú por tú á los que viven! ¿Cómo te llamas?

— Jorge.

— Jorge... pero ¿y qué más?

El niño se encogió de hombros y empezó á mirar á un árbol que se movía.

— ¡Diablo de monigote! ¿pues no estoy llorando? Tellamas Jorge y Díaz, como yo.

— Y Alenzón, como tu madre.

— No; mamá no eres tú... ¡Yo quiero ir con mamá!

Olimpia le abrazó llorando.

— ¡Se fué, hijo mío, se fué!...

— ¡Ea! — dijo el payaso — ¡marchemos hacia el ideal! ¡ahora ya tenemos un aliciente! ¿Quieres andar, chiquillo?

El pequeñuelo inclinó la cabeza.

— Ahora, trabajaremos los dos para él; viviremos inquietos; acudirás á su cuna con zozobra para ver si respira; nos reiremos como salvajes con sus gracias... ¿Ves, Olimpia? No estaba de Dios que muriéramos, y estaba de Dios que muriera Dick, que esperaba mi suicidio, y la madre del nene, que quizás no había pensado en abreviar su vida. ¡Esto, esto era lo que necesitabas tú!... ¡ser madre!... y yo tener algo así en qué ocuparme. ¿Me quieres por esposo, María de la Salud, antes Olimpia?... ¡sí! ¡lo estoy viendo!... Y tú, Pedro Díaz, más vulgarmente conocido por Tony, ¿quieres á la señora por esposa? ¡Con toda mi alma! ¡Bien! pues nos casaremos, y Dios bendecirá vuestra unión y os dará por arras, en señal de matrimonio, las manecitas de este niño... ¡las arras de carne!

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAA.

Ayuntamiento de Madrid

Personalidades Americanas

....

M. Gastón BRUNET

M. Gastón Brunet, abogado de la Embajada Argentina, es una de las personalidades mas interesantes del elemento intelectual de París.

En numerosas ocasiones, con su clarividencia para ver los asuntos y fácil palabra, supo conquistar no pocos laureles. Conocedor profundo de las leyes, y gran admirador de las grandezas del país que le confiara sus intereses, ha sabido mantener el prestigio de la república Argentina cuando de ello hubo necesidad.

De trato muy simpático, cuenta con numerosos é incondicionales amigos, entre los que tenemos el honor de contarnos. Y así, complacémonos en testimoniarle el mucho afecto que Revista Gráfica le profesa.

Fots. Cherie-Rousseau.

Personalidades Españolas

....

Señor don Cristóbal Botella

También abogado, pero de la Embajada Española, el señor Cristóbal Botella no necesita ser presentado. Exdiputado á Cortes y luego abogado de la Embajada Española en París, además de otros muchísimos cargos de importancia que tuvo ha sabido dar muestras de su actividad e inteligencia en el cumplimiento de todos ellos, siendo conocidísimo entre la colonia española de París y en España.

Hombre de mundo, y en relaciones amistosas con las principales personalidades de Francia, sus salones vense frecuentemente visitados por el *Tout-París* de la nobleza y de la elegancia, y lambien por la aristocrática y selecta colonia española y americana que vive en París permanentemente ó que acostumbra a pasar una temporada en esta capital.

Felicitámosle por los muchos triunfos alcanzados en París, y, como á su colega Gastón Brunet, complacémonos en testimoniarle nuestro cariño.

Ayuntamiento de Madrid

"Le Chic"

Cartas de una parisiense

por SIMONE

◇ ◇ ◇

CADA vez más, la moda experimenta refinamientos en nuestra sociedad parisiense y se traduce por el cuidado en que ponen nuestras elegantes en el peinado, cuya forma varía hasta el infinito; estas fantasías de los artistas capilares son más lindas en unos que en otros, pero todas convienen más particularmente á un género de belleza.

Cierto modo de levantar los cabellos en pesados canalones es el privilegio de las morenas, mientras que el pelo finamente ondulado, y que cae sobre la frente, conviene á las rubias.

Las melenas á lo Goya han dado lugar á la piadosa tentativa de las pelucas malvas y verde pelusa, pero estos ensayos no fueron para las mujeres de gusto sino una pasajera fantasía.

Las orejas continúan agazapándose bajo las sedas, llevando sobre la oreja un rizo, que cae sobre la mejilla, pero tambien se ven muchos peinados dejando al descubierto la frente y las orejas. Para permitirse esta moda es preciso tener el rostro muy joven y una belleza fina y de rasgos regulares.

En una palabra, si quiero resumir la impresión que se desprende de los nuevos peinados debo decir que es la sencillez.

Ayuntamiento de Madrid

Nada de melenas, nada de ondulaciones que, rodeando la cabeza, terminen en el vértice de ella.

Sobre estos armoniosos bucles prendidos por ricos peines, incrustados de diamantes, he visto encantadores sombreros que dejan al descubierto la nuca, levantados por detrás y exagerada su altura por los adornos.

En la figura 1 se ve una linda toca en forma de bonete de obispo, de color marrón un poco rojizo, con un ala adornada

de « mephistos ». Además se ve un marino muy *chic* en forma de solideo, muy alto por la derecha é inclinado hacia la izquierda para soportar un nudo de « cire » color marino como la paja de cordoncillo y adornado con tres tramilletes de fresas azules y rojas que ponen por todas partes sus notas alegres y jóvenes.

He aquí un bicornio, desmesuradamente alto, hecho de « belga » negra con láminas de raso « cire ». Una franja lo bordea y un soberbio « coronel » se lanza al aire al pie de los cabujones.

Este Luis XVI conviene también a los peinados altos y está formado por una especie de seta de « belga » marina sobre el recoge-abuelos. Un manojo de espigas de trigo del mismo color está sostenido por una ancha cinta roja que lo atraviesa por encima para anudarse coquetamente sobre el ojo derecho.

Nuestra figura 5 es un pequeño sombrero levantado lateralmente, encajando la cabeza sobre el forro y pequeñas alas en forma de conchas que se colocan pillando el borde. Esta es una de las ideas parisienses más en boga, porque estos modelos se hacen de color cereza muy vivo.

He aquí un sombrerito que se parece á

a toca que llevan las jóvenes. Es de « belga » negra adornada con gruesas cerezas que se balancean al compás de los exquisitos movimientos de la juventud. El riguroso invierno que experimentamos, y que parece que no ha dicho aún su última palabra, no ha retardado el nacimiento prematuro de los sombreros de paja, tanto más cuanto que los modistos ni aun han tenido la excusa de haberlos reparado para los países del sol y para los éxodos hacia los climas favorables y dulces, puesto que en el mediodía y aun más allá ha habido nevadas inesperadas. Estas temperaturas húmedas y frías no tienen in-

Ayuntamiento de Madrid

fluencia en los trajes de entretiempo arboreados bajo los implacables chubascos, y las mujeres muy descotadas y calzadas con tacones fantásticamente altos y enriquecidos con pedrerias, á veces verdaderas, me dan lastima. Realmente es tan incómoda como desgraciada la moda de los tacones de 20 centímetros de alto. He visto muy elegantes trajes de hechura de sastre de muaré marino, mezclilla, ó verde botella. Muchos están hechos de tafetán extraordinariamente flexible y lindamente drapeados y otros de jergas muy finas ó de pana. La mayor parte de estos trajes de hechura de sastre tienen el chaleco terminado en punta y el cuello de piqué blanco con botones de nácar, completamente masculinizados. La capa, cuyo éxito os predije en mi articulo anterior, ha sido adoptada por nuestras más elegantes parisienses.

He aquí uno de esos trajes de hechura de sastre, muy elegantes según mi opinión, y que se llevará mucho. La falda es de muaré drapeado formando «paniers» minúsculos sobre las caderas, dibujando en el delantero un pequeño pliegue. La

Ayuntamiento de Madrid

levita está abierta sobre un chaleco de piqué blanco con botones de nácar. Un estrecho cinturón de gamuza tira de ella hacia atrás, frunciéndola. La sobrefalda cae hasta la mitad de la falda. He aquí otros trajes de hechura de sastre de tafetán flexible. La levita tiene un cuello muy elegante y cae sobre la falda «dernier cri» con grandes pliegues por delante y por detrás, destinados á amplificar las caderas para dar á los bajos un efecto admirable. Son muy sencillos y muy *chics*. Los trajes se hacen menos complicados y extraños, lo que ya constituye cierto progreso.

SIMONE.

Ayuntamiento de Madrid

SUIZA

Lago de los Cuatro Cantones (Agua fuerte de Birmán.)

LOS AMORES DE WAGNER

Pocos hombres han sido tan discutidos como Ricardo Wágner, « el más alemán de todos los artistas alemanes», como ha dicho uno de sus biógrafos, y hoy aún, después de la apoteosis universal, cuando las leyes de su país han permitido que el *Parsifal* saliese de la jaula dorada en que lo encerró su autor, y todo el mundo comoce ya por completo la obra del coloso, todavía hay quien íntimamente hace reservas, y sólo por un *snobismo*, que no vamos á discutir, epiloga con un « ¡oh! » de admiración una parrafada acerca del maestro inmortal; pero, en el fondo, queda latente una opinión equívoca sobre Wágner, cuya música califican de logarítmica y de no sé cuántas cosas más intrincadas y raras... como si — después de todo — los logaritmos no tuvieran poesía...

Á los espíritus unilaterales, que se empeñan en acusar á Wágner de excesivamente cerebral, oponiendo á su modalidad el impresionismo de Debussy, la elegancia de Rameau ó la sutileza de Moussorgsky, sin dejarse llevar del « verismo italiano » ni del brutal naturalismo de hoy, deben recordársele las páginas vibrantes de sentimiento y de ternura de *Tristán é Iseo*, que es el tipo completo y acabado del drama wagneriano, la obra más humana, la más sobria, en la que Wágner prescinde de todo adorno para ir derechamente al fin que se propone, obra que, desde el preludio — ese preludio que es un interminable sollozo, un desgarramiento de algo muy dulce que llora suavemente : gemidos de amor, languideces voluptuosas, exaltaciones de pasión — hasta la muerte de la enamorada Iseo, es de una intensidad suprahumana ; una sinfonía dramática, sobria y severa, grave y hierática, que hace llorar ; un drama á lo *Romeo y Ju-*

Ayuntamiento de Madrid

Isolda, pero sin que sus protagonistas tengan el dulce consuelo de abrazarse por última vez...

Para escribir la música de *Tristán*, que es de las que ponen enfermo y hacen sufrir dulcemente, es preciso haber amado mucho y tener el corazón abierto á toda sentimentalidad; que el corazón es algo elástico, en el que caben muchos amores... cuando se tiene también un gran cerebro.

En 1826, cuando Wágner sólo tenía trece años, conoció en Dresde á la hermanita de uno de sus amigos, la gentilísima Amelia Hoffmann, de tez de nardo y tirabuzones de oro que — según cuenta el mismo Wágner en su autobiografía — le hacía perder el habla cuando se encontraban sus miradas.

Amelia fué el primer amor de Ricardo, quien adoraba tanto á aquella rubia gentil, que muchas veces — Wágner estaba de vacaciones en su casa, porque su madre y sus hermanas hallábanse en Praga y habían confiado al « pequeño » Ricardo á los padres de Amelia — simuló estar enfermo para que la niña le prodigase tiernos cuidados.

De esta herida amorosa se curó en Praga al conocer — un año más tarde — á dos hermanas: Jenny y Augusta Pachta, amiguitas de Otilia Wágner, las cuales fueron amadas á la vez y con igual pasión, hasta el punto de que, en unas vacaciones, Wágner fué á pie hasta Praga para verlas; pero ¡¡ una de ellas tenía ya novio !! El joven Ricardo se desesperó é hizo una lamentable escena ante Jenny, arrojándose al suelo y llorando como un chiquillo..., como lo que era, y no quiso ver á Augusta.

Un « accidente » parecido le ocurrió con Lea David, una morenucha de quince años, hija de un rico banquero judío de Leipzig y amiga de su hermana Luisa. Wágner quería ir á diario con ésta á casa de Lea, y disfrutaba lo indecible con sólo contemplar el rostro de gitana de la linda judía... hasta que se enteró que tenía novio y quiso suicidarse.

Pero estos amores de estudiantes fueron pasajeros y no dejaron en Wágner otra huella que una desesperación momentánea é intranscendente, hasta que en 1834, al ser nombrado director de orquesta del teatro de Magdeburgo, conoció á una linda actriz del mismo, Guillermina Planer, modosita y humilde que supo cautivar el inflamable corazón del músico.

Ambos vivían en la misma fonda de Magdeburgo — los padres de Guillermina habitaban en Dresde, — así es que, además de en el teatro, veíanse constantemente.

La joven Guillermina Planer — *Minna*, como la llamaba Wágner — ya había visto un poco el mundo — á pesar de sus diez y siete años — y conocía mucho á los hombres, de cuya « maldad » tenía una prueba hecha carne en una niña que pasaba por hermana suya y cuyo verdadero origen ignoró siempre Wágner.

Parece que Minna se enamoró perdidamente del músico. Una noche que éste estuvo con varios amigos hasta la madru-

GUILLERMINA PLANER

Fué el primer amor de Wágner. Parecía que estaba prendada del músico; pero cuando la garra de la miseria se hundió en el alma de Wágner, « Minna » no supo comprender los dolores de su esposo...

Ayuntamiento de Madrid

gada, al retirarse á la fonda se equivocó de cuarto, y cuando amaneció el día siguiente y « tuve consciencia del sitio en que había pasado la noche — habla Wágner — comprendí claramente que aquella nefasta acción iba á tener una influencia que duraría toda mi vida ».

A partir de entonces, la relaciones del músico y de la actriz fueron tan intimas, que Wágner, queriendo regularizar aquella situación se casó con Minna el 24 de noviembre de 1836. Asistieron á la boda todos los cómicos de la compañía y cada uno recibió como recuerdo un pañuelo de damasco rosa que llevaba impreso un poema en el que su autor, que se ignora quién fué, hizo un alarmante derroche de lirismo, pero de un lirismo demasiado meloso y demasiado anacreóntico en algunas estrofas.

Pasó un poco de tiempo, en el que Wágner trabajó con ilusión y entusiasmo, gozando las delicias de una luna de miel que parecía interminable.

El músico, que dirigía entonces la orquesta del teatro de Kœnisberg, se quedó cesante, lo cual no debió causarle gran sorpresa porque — como se sabe — estaba acostumbrado; pero, á la sazón, estaba casado; ya no era solo, aunque debía serlo, porque Guillermina no era una mujer como la había soñado el maestro, quien dijo en una ocasión que « las mujeres son la música de la vida ». — « Estaba locamente enamorado — decía Wágner años después en su *Comunicación á mis amigos* — y me casé sin saber bien lo que hacía. Sufrí é hice sufrir á los demás proporcionalmente á la situación lamentable de un hogar falto de recursos, hundiéndome en la miseria que ha arruinado á tantos.»

MATILDE WASENDONCK

El amor más profundo de Wágner fué esta mujer, de sorprendente belleza, un poco lánguida y fina, como las que pintó Botticelli. Ella fué la que inspiró esa obra tan intensamente humana que se llama « Tristán e Iseo ».

Guillermina Planer no tenía confianza alguna ni en su esposo, ni en el arte; no veía sino sus resultados prácticos, sus rendimientos, porque su corazón no sabía latir al unísono del de Wágner; para sus oídos era más agradable y más dulce el tintineo del oro que los raudales de armonía que estaban latentes, en aquellos puntitos negros dispersos, al parecer caprichosamente, entre cinco rayas en unos papeles que le gustaban mucho á su esposo.

Y Wágner lloró su desdicha amargamente, con infinita tristeza, sin que una mano amiga enjugase sus lágrimas, aquellas lágrimas reveladoras del tierno amor que había de guardar á Minna, hasta que la muerte, la gran niveladora, la recogiese en su seno para que el músico genial encontrara la paz de su alma y llenase con un nuevo amor, el de Cósima Listz, el vacío que en su corazón dejara Guillermina.

Esta, aunque no amaba á su esposo, era amada por él, y si no supo llorar, porque su corazón no sabía sentir, el de Wágner era tan exqui-

Ayuntamiento de Madrid

sitamente sensible que sus latidos se aceleraban cuando la imagen de Guillermina pasaba por su cerebro.

« El amor — ha dicho Benavente — es como un niño recién nacido; hasta que llora no se sabe si vive. » Guillermina no lloró jamás.

Wágner, aconsejado por su familia y por sus camaradas, se decidió á separarse de su esposa, y ya había entablado demanda de divorcio ante los tribunales de Kœnisberg, cuando Minna, viendo que era irrevocable la separación, volvió al lado de su esposo, y éste, alma magnánima y generosa, la perdonó.

En agosto del mismo año Wágner fué nombrado director de orquesta del teatro de Riga, pero no tardó en cansarse y en pensar en ir á París; mas ¿cómo dejar el empleo que tenia en Riga? Su mujer sostuvo luchas terribles para que Wágner no hiciera aquella concesión á su idealismo; pero un « amigo », envidioso del puesto que ocupaba el músico, suprimió la única dificultad para que Wágner se marchase á París.

La vida en la Ciudad-Luz — que el autor de *Parsifal* ha descrito en forma novelesca en su obra: *Un músico alemán en París* — fué la lucha por el ideal y contra Guillermina, que no entendía de idealidades, y toda la estancia en París fué una de esas tragedias terribles, porque son íntimas, dolorosas porque nadie las escucha, intensas porque no tienen válvulas para que se exterioricen los dolores reconcentrados cada vez más, amargas porque se desarrollan en un recinto muy pequeño — un cerebro y un corazón; — tragedias sin sangre, tanto más terribles cuanto más calladas.

En medio de las sombras, cada vez más espesas que rodeaban á Wágner, apareció una admiradora: la señora Julia Ritter, que de acuerdo con una amiga suya, Jessie Lassot, puso á disposición del músico una suma anual con la que podría vivir.

Jessie Lassot, que vivía en Burdeos, invitó á pasar una temporada con ella á Wágner. Verla éste y enamorarse de ella fueron dos actos simultáneos. La Lassot estaba casada y, como el músico, era desgraciada en su matrimonio. Minna, entonces, quiso separarse de su marido y éste proyectó hacer un viaje por Grecia y Oriente raptando á la bella madama Lassot. El marido de ésta cogió una carta de Wágner que presentó á la policía para que el músico fuera expulsado de Burdeos en cuanto llegase. Entretanto, el prevenido esposo llevó á su amante mujercita á una casa de campo, diciendo que Wágner era el « inventor de un nuevo procedimiento para raptar á las mujeres casadas ».

Dedúzcase la estupefacción del músico cuando, al llegar á Burdeos, fué llamado á comparecer ante el prefecto de policía. Dijo que había hecho tal viaje para resolver un asunto de familia á lo que contestó el prefecto que, precisamente, por aquel asunto de familia debía marcharse en seguida, lo que hizo Wágner, no sin antes dejar en casa de su amada una carta en la que quedaba mal parado el celoso marido.

Pero el amor más profundo de Wágner fué el de Matilde Wasendonck, mujer de sorprendente belleza, un poco lánguida y fina, como las que pintó Botticelli.

Estaba casada con un rico comerciante, y cuando conoció á Wágner tenía veinticuatro años. Poco á poco fué estrechándose la amistad del músico con el matrimonio Wasendonck. Matilde era una encantadora discípula de Wágner. La escuchaba como Brunhilda á Wotan, le daba su parecer acerca de los poemas que le leía Wágner y éste tenía en Matilde una confidente. Todos los días iba á su casa hacia las cinco de la tarde y con la gentil discípula estaba hasta el obscurecer. En el piano de Matilde, Wágner tocaba lo que había producido durante el día.

Así transcurrieron cinco años, durante los cuales la amistad de Wágner y Matilde parecía á veces transpasar los límites de un simple afecto, nacido de la identidad de sentimientos, hasta que en la primavera de 1857, el matrimonio Wesendonck invitó á Wágner á pasar una temporada en una casa que alquilaron para él al lado del magnífico hotelito que poseían en la « Colina Verde », cerca de Zurich. Wágner llamó el « Asilo » á aquella casita en donde escribió la misteriosa dedicatoria del preludio de la *Walkyria*: G. S. M. Hasta mucho después no se supo que estas tres letras eran las iniciales de las palabras *Gesegnet Sed Mathilde* (Bendita seas, Matilde).

En aquel ambiente de paz y cariño, Wágner trabajaba con ilusión, al lado de aquella mujer, que sabía comprenderle, y al lado también de la suya quien había

Ayuntamiento de Madrid

vuelto de Dresde llamada por su esposo.

Las relaciones de Wágner y Matilde fueron cada vez más íntimas, y Guillermina sorprendió cartas de su marido dirigidas á Matilde, en las que el músico se expresaba con una pasión y un fuego dignos de un Abelardo. Minna amenazó á Wágner con una escena violenta ante Matilde; pero ésta, enterada, dijo á Guillermina que su marido sabía la clase de relaciones que la ligaban á Wágner...

« La última noche que pasé en el « Asilo » — escribe Ricardo Wágner, — me acosté á las once con la intención de marcharme al día siguiente, al amanecer. Antes de cerrar los ojos, me acordé de que tenía la costumbre de pensar — al dormirme — en que algún día moriría en aquel mismo lecho. Sí, estaría extendido cuando por última vez te aproximaras á mí, cuando, libremente y en presencia de todo el mundo, cogieras mi cabeza en tus brazos y recogieras mi alma en un beso. »

Cuando Wágner abandonó el « Asilo », Minna se quedó tranquila...

Muchas aventuras pasajeras tuvo el genial músico y casi todas las protagonistas fueron admiradoras suyas, y no faltó ni la nota cómica de una viuda que, arrojándose á los pies de Wágner, le dijo que se le había aparecido su marido y le ordenaba amar á « Ricardo »; así, á Ricardo.. Nos parece demasiada confianza.

Pero, en realidad, Wágner sólo tuvo tres amores: Minna, Matilde y Cósima.

Con esta última — que era hija de Franz Liszt — se casó luego de la muerte de Minna y de no pocos disgustos con Hanz de Bulow, marido de Cósima, que puso algunas condiciones para divorciarse y ceder el corazón de su esposa á Wágner.

Como Cósima vive aún, y también Sigfredo, fruto de aquellos amores, el cronista se retira, poniendo punto final á estas cuartillas.

FRANCISCO VERA.

Ayuntamiento de Madrid

el gran mundo

El señor general Cornell, tan popular en el ejército argentino, ha pedido la mano de la bella y distinguida señorita porteña Fanny Pouchan, apreciada colaboradora de la sección femenina de la gran revista bonaerense *Nosotros*, para el bizarro jefe del Estado Mayor del ejército, comandante José Fasola Castaños, agregado á la Legación Argentina en Francia.

Con tal motivo, se brindó con champagne en la residencia de la novia, donde se había congregado un selecto grupo de sus amigas y amigos.

La señorita de Pouchan se encuentra en la actualidad viajando por Europa en unión de sus tíos, Sres. de Pouchan, y regresará á la Argentina hacia el mes de Julio próximo.

◇◇◇◇◇◇

El primer secretario de la Legación Argentina en Madrid, Sr. Moreno, ha obsequiado con una comida de despedida en el hotel Ritz al diplomático español Sr. Donesteve, que marcha á Petersburgo como secretario de la Embajada del conde de Cartagena. A este obsequio, al que asistió el ministro de la Argentina Sr. Avellaneda, fueron invitados algunos otros diplomáticos españoles.

◇◇◇◇◇◇

Los representantes diplomáticos de las Repúblicas Sud-Américanas se proponen dar en el Ateneo de Madrid una serie de conferencias, que prometen ser muy interesantes. El ministro de Cuba, Sr. García Kohly, las ha inaugurado, exponiendo el progreso de su país y el anhelo de conservar con España las más cordiales relaciones. El presidente del Ateneo, Sr. Labra, al presentar al Sr. Kohly, tributó grandes elogios á este su ilustre paisano

En el mismo local continúan las conferencias pedagógicas por distinguidos catedráticos.

◇◇◇◇◇◇

Inmediatamente que se supo la concesión de la gran cruz de Alfonso XII á S. A. R. la Infanta doña Paz de Borbón y Baviera, se inició una suscripción nacional con el fin de regalarle á S. A. las insignias de dicha alta distinción, como testimonio de simpatía. Pero habiéndose anticipado el infante D. Fernando á enviar á su augusta madre dichas insignias, S. A. ha rogado á los iniciadores de la suscripción de destinar su producto á la obra por ella creada del « Pedagogium » de Munich, que se consagra á obra de cultura en beneficio de España.

◇◇◇◇◇◇

En la concesión de mercedes con motivo del santo del rey, S. M. se dignó honrar con la banda de María Luisa á la insigne escritora condesa de Pardo Bazán, cuyas insignias le va á regalar el Centro Gallego.

En una de las últimas audiencias ha estado en Palacio á dar las gracias á Sus Majestades por tan alta distinción y de su entrevista con D. Alfonso XIII decía :

« El rey me ha demostrado que es un hombre á la moderna. La amplitud de sus ideas, muy favorables á la mujer, me ha cautivado. Cree, como yo, que, sobre todo en cuestiones intelectuales, ha de irse siempre adelante ».

◇◇◇◇◇◇

S. A. el infante D. Fernando, ha sido nombrado para el cargo de comisario regio, presidente de la Cruz Roja Española, siendo acogida esta noticia con general contento. Sabido es que en casi todas las naciones la indicada presidencia está desempañada por conspicuas personalidades. En efecto, en Bélgica es el príncipe de Ligne quien cubre ese cargo ; en Holanda, el rey consorte; en Suecia, el príncipe Carlos.

En Norte América esa presidencia va aneja á la de la República. Y si se dirige la vista atrás aparece que el Comité austriaco ha estado presidido por Su Alteza el príncipe Alois de Schoenburg Hartenstein; el alemán, por el príncipe Othon de Stolberg; el francés, por otros dos príncipe : SS. AA. los Duques de Nemours y de Aumale, siendo hoy vocal del mismo S. A. el duque de Chartres; de Rumania, los príncipes Ghika y Cantacuzenos; del Comité de Wiesbaden, el príncipe Nicolás de Nassau. Es extraordinario el número de ilustres generales, como Mac Mahón, Davout, Pfaff, Kauffmann, Thomsen, Goyon, Graemer, Franassovich, Hamilton, y los marqueses de Estella y de Polavieja que desempeñaron ó ejercen actualmente cargo tan importante y activo en su respectivas Naciones.

◇◇◇◇◇◇

Asociación Española é Hispano-Americana en París. — El Secretario General de la Asociación Española é Hispano Americana, profesor don Joaquín de Rueda, nos participa que el miércoles 8 de abril próximo, se inaugurarán las conferencias por nosotros anunciadas, que se celebrarán en la sala Villiers, 64, rue Rodier, bajo la presidencia del ilustre embajador de España en Francia, señor marqués de Villaurrutia. Asistirá también el señor consul general de España en Francia, don Manuel de Navarro, vicepresidente honorario de dicha Asociación. Después de la conferencia habrá un magnífico concierto.

Ayuntamiento de Madrid

Ensalada

por

LUIS BONAFOUX

Si con motivo de la Caillaux, de el Caillaux, ó cosa así, volviese la *Commune* á hacer de las suyas, yo aprovecharía la circunstancia para coger una tea incendiaria y destruir cierto bar, ni más ni menos que Jeanette destruyó anoche á Carpentier; porque ese maldito bar — que, según don Nicolás Estévanez, pasará á la posteridad — representa para mí un sinnúmero de latas y desazones. Hay recién llegados de España y América que se figuran que yo no sólo me desayuno, almuerzo y como en dicho bar, sino que he puesto catre en él. Es lo que me decía un periodista, un tanto amoscado, que, al restituirse á Madrid, publicó un artículo contra mí porque no me encontró en el bar ninguna de las veces que fué allí á buscarme:

— Estuve en «el bar», preguntando por usted, una vez á las once de la mañana, hora del aperitivo, otra vez á las cuatro de la tarde, y, por fin, á las doce de la noche, después del salir del teatro; y no me dieron razón de usted.

— Pues es raro — le contesté; — porque yo, á las once de la mañana, «hora del aperitivo», estoy en casa (aquí donde usted me ve tengo casa y me permito el lujo de pagar al casero) trabajando para la media docenita de periódicos que me pagan, «que de eso vivimos y á honra lo tenemos», como dijo nuestro *Fígaro*, y no recibo ni á Poincaré I; á las cuatro de la tarde estoy en alguna casa editorial, ó tratando algún asunto de los que ayudan para el panecillo; y á las doce de la noche, «después de salir del teatro», adonde no voy nunca, habiendo transferido mi representación del *Heraldo* á mi amigo Pradere, hace como unas dos horas que duermo con la conciencia tranquila.

A no hallarme fijamente en ese bar debo enemistades; por ejemplo, la del señor de Castro, quien me dispensó el honor de ir allí á buscarme, *ciceroneándolo* mi amigo R. Blasco, cuando don Cristóbal, en representación de otro amigo mío, Leopoldo Romeo, cerca del Zar de todas las Rusias, iba en derechura de Petersburgo; y don Cristóbal, enconado, cuando algún admirador mío, por ejemplo, el crítico cubano F. Cañellas, publica un libro con loas á mi personita, va y le dice: «Hay bastante exageración en los elogios que dispensa el crítico»; y en seguida reanuda una acalorada disputa con Rocamora, y sale á la calle, más tieso que un huso, á darse cuatro paseos.

¿Qué haría, para desagraviar á don Cristóbal, yo que tanto estimo una admirable y bondadosa misiva, repleta de elogios extras, que me escribió este distinguido poeta?

Misiva para agradecida; mas no tanto como la que me escribió, considerándome como un super, entre elogios más extras aún que los de don Cristóbal, mi actual adversario — ¡ay! — don Manuel Bueno; y yo, que no le quiero mal, voy á darle traslado de un lapsus literario que le imputa el periódico antillano *Pica-Pica*, redactado por el ingenioso y culto crítico L. Brau.

«Se trata — dice — de la aparición de un niño poeta ocurrida en España, en donde, por lo visto, esa clase de prodigios no abunda tanto como por aquí, pues de otro modo la cosa no habría tenido tanta resonancia, y Manuel Bueno y *Patria* se habrían ahorrado esa doble plancha. El nombre del prodigioso niño es el de Fernandito Leaniz, cuyas maravillosas rimas, según dice el señor Bueno en el *Heraldo de Madrid*, «recuerdan en algún momento el infantil despertar de otro poeta». Y, efectivamente, publicadas algunas de esas maravillosas rimas, se ha visto — siendo el compañero José Coll y Vidal, á pesar de su miopía, el primero en descubrirlo — que, más que recordar, el aprovechado niño se ha apropiado la composición *A Dios*, del gemebundo y lastimero poeta Abigail Lozano. El escritor español preguntaba, al hacer la presentación del niño en el *Heraldo de Madrid*: «¿De dónde procede esa precoz inquietud interior de Fernando Leaniz?...» Pues ya lo sabe el señor Bueno: de la comisión de su delito. Muy grande ha sido la falta del erudito crítico español, al dejarse sorprender por el joven poeta, pero es excusable tratándose, como se trata, de un poeta americano cuyas mejores composiciones aparecieron de 1840 al 46.»

¿Que por qué he escogido, para sazo-

Ayuntamiento de Madrid

nar hoy mi *Ensalada*, tales tiquismiquis? Porque son preferibles á las glosas de porquería político-francesa con que nos aplastan, no sólo los periódicos franceses —¡allá ellos!, — sino los nuestros, como si los Caillaux y los Monis perteneciesen á la familia política de España.

... *les journaux espagnols* — ha dicho una revista que cité anteriormente — *font une grande place aux événements* bien parisiens; *et pour notre part, nous avouons que nous sommes surpris de voir qu'une élection à l'Académie française puisse être un fait de caractère à ce point international. Tant d'immortels de ce matin étaient justement inconnus hier et le seront demain! Paris sait l'art de tout montrer dans une lanterne magique. Et nous craignons beaucoup que seule la lanterne magique attire l'attention espagnole.*

Sí, y eso es un disparate y un prejuicio. En primer lugar, *nous avons d'autres chats à fouetter, monsieur*; y en segundo lugar, no es luz todo lo que luce á través de las linternas mágicas.

He aquí la razón de que yo haya protestado repetidas veces, en el *Heraldo* y en el *Diluvio*, contra la tendencia, general en España, de dar á todos y cada uno de los acontecimientos de París importancia y espacio excepcionales, así como también á todos y cada uno de los escritores y periodistas franceses, sin tener en cuenta que la Prensa de París apenas si dedicó algún articulejo, malo, á la muerte de Menéndez Pelayo, y eso que Pelayo resultó *rara avis*, como meteco y español, en la atención de estos periódicos.

Respetando y admirando á Francia en un Pasteur, en un Roux, en un Hugo, etc., así como también en acontecimientos históricos que merecen respeto y admiración, hay que sacudir esa especie de tutela en que la mentalidad española vive con respecto á la mentalidad francesa, y que nos obliga á escribir á trochemoche de cosas que hizo la Caillaux y de otras cosas que hizo el Caillaux. ¡No nos importan! O no deben importarnos...

LUIS BONAFOUX.

Charla Científica

LA cuestión de las varitas para el descubrimiento de las corrientes subterráneas de agua, vuelve á estar sobre el tapete. Verdad es que en el Congreso de individuos provistos de este instrumento prodigioso, y los que llaman aquí *sourciers*, es decir, descubridores de manantiales, dió un resultado contrario al que los hombres de ciencia esperaban. Se les creía unos farsantes y se ha visto que, en el fondo, hay mucho de verdad en lo que hacen, como han demostrado con reiteradas experiencias. Es verdaderamente peregrino ver á esos hombres con su varita de madera en forma de Λ recorrer el campo y, de pronto, detenerse porque la varita se les ha vuelto y marca en el suelo el sitio donde pasa una vena de agua.

Recuerdo que hace años, muchos años, vi en un pueblo de la provincia de Murcia á uno de estos *sourciers*, hombre de escasa cultura, que con una varilla de acero, de igual forma que la empleada en Francia, salió airoso de las pruebas nada fáciles á que le sometí, y también recuerdo, para confusión mía, que no explicándome el fenómeno, supuse que un *compadre* había enterado al *sourcier* de los sitios en donde habíamos enterrado vasijas con agua.

Estos modernos *sourciers* no son ni más ni menos que nuestros viejos *zahoríes*, corregidos y aumentados con una varilla. Los zahoríes en cuestión son gente interesante que conocen la estratificación del terreno ó que *sienten* la proximidad del agua.

Esta última explicación me parece la más lógica. En efecto, provistos de su varilla, que llevan cogida ligeramente entre los dedos meñique y anular de ambas manos, la menor sacudida nerviosa rompe el equilibrio del instrumento y da éste la vuelta por su propio peso. Hay, pues, que admitir la existencia de un influjo eléctrico de la masa de agua subterránea sobre el sistema nervioso del zahorí. Para ello precisa que el sujeto tenga condiciones de receptividad que no poseen todos los mortales.

Pero no sólo descubren estos señores el agua y determinan la profundidad á que circula, sino que pueden descubrir galerías subterráneas y yacimientos minerales.

El antiguo *zahorí* español, que heredó del árabe las aptitudes y hasta el nombre, debe experimentar una sensación especialísima cuando pasa sobre una corriente telúrica. Los he visto recorrer los terrenos, con la mirada fija, como abstraídos, concentrándose para percibir la sensación que á los demás escapa, y herir de pronto la tierra con el pie, diciendo: «¡Aquí hay agua á tantos metros!»; y la experiencia generalmente comprueba estas afirmaciones.

He aquí un problema curioso que la ciencia estudia ahora con verdadero interés y de cuya solución tendré al corriente á mis benévolos lectores.

HERMES.

Ayuntamiento de Madrid

EL HOMBRE DE LOS DOS CUERPOS

por Jorge MEIRS

◇ ◇ ◇

Traducción de Ladislao BOLSKI

I

El inquilino ausente

El hombre en cuyo hombro acababa de poner la mano William Tharps, se volvió rápidamente.

Le conocí en seguida: era Eduardo Asselin, inspector de Seguridad, quien, sonriendo al ver al célebre «detective», nos tendió la mano silenciosamente.

Salíamos de la estafeta de Correos de la calle Laffite, cuando mi ilustre amigo vió al policía oficial de quien varias veces he hablado en mis notas precedentes.

Juntos descendimos el bulevar hasta la Opera sin que cambiásemos una palabra, y hasta que no estuvimos instalados en un rincón del café de la Paz — adonde nos había llevado mi amigo, — no entablamos conversación.

— ¿Frecuenta usted ahora los barrios aristocráticos, amigo Asselin? — observó William Tharps sonriendo.

— El asunto que me ha llevado á la estafeta parecía insignificante — dijo el inspector; — pero no me extrañaría que nos reservase grandes sorpresas.

— ¿Soy indiscreto preguntándole de qué se trata?

A nuestro compañero le tocó sonreir entonces.

— Usted bromea, señor Tharps.

Guardó silencio porque el camarero se acercó para servirnos.

— Ya sabe usted — repuso cuando se hubo marchado el mozo — que nunca tengo secretos para usted; me acuerdo muy bien de todo lo que le debo, pues muchas veces sin su auxilio...

Ayuntamiento de Madrid

— No hablemos de eso, amigo mío, y cuéntenos usted su historia.

— Es muy sencilla. Hace algunos días, un empleado de la estafeta en que nos hemos encontrado rompió, por una desgraciada casualidad, el sobre de una carta certificada. El incidente no hubiera tenido gran importancia si no se hubiera visto que el sobre contenía un billete de mil francos.

»El empleado consignó en el libro correspondiente el número del billete, lo que permitió conocer que estaba denunciado. Una rápida investigación estableció que dicho billete formaba parte del «stock» robado al Banco de Hamburgo el mes pasado. ¿Se acuerdan ustedes?

William Tharps hizo á Asselín un signo con la cabeza para que continuara el relato.

— Había varias cartas dirigidas á la misma persona y por la noche llegó otra.

— ¿Certificada?

— Todas.

— ¿Han sido entregadas?

— Las primeras lo habían sido cuando ocurrió el incidente.

— ¿Cuántas cartas ha habido para esa persona?

— Cinco. Las dos últimas han sido detenidas.

— ¿Qué contenía la última? Porque supongo que la han abierto también.

— Sí, señor, y *no tenía más que papel blanco;* y la penúltima, es decir, la que encerraba el billete, sólo traía éste y una hoja de papel, *blanco también*. He asistido á la apertura de la segunda carta y puedo afirmar que sólo traía un pliego inmaculado.

— Es curioso — dijo Tharps. — ¿Tiene usted esas hojas de papel?

— Están en poder del jefe.

— ¿Quién es el destinatario de esas cartas?

— Un tal Oscar Molinet, que vive en la calle de Taitbout, 41, triplicado. Según afirma la portera, es una excelente persona que ejerce la profesión de corredor de alhajas.

— ¿Le ha visto usted?

— No, acababa de marcharse de viaje cuando me presenté en su casa.

— ¿Hace mucho?

— Media hora. Hay, además, un detalle que no deja de ser interesante y que no he dicho aún. Tenemos la seguridad de que el billete denunciado que procedía del Banco de Hamburgo, estuvo últimamente en poder de José Parklell, el célebre bandido norteamericano.

— ¿José Parklell? — exclamó el «detective» inglés. — ¿No se le citó entre los muertos en la terrible catástrofe del *Magic*, el vapor inglés que naufragó el mes pasado?

— Precisamente, lo cual complica el embrollo.

— De modo que no le ha desagradado encontrarme, ¿eh?

— La mejor prueba de mi alegría por haberle visto, es que le he acompañado hasta aquí en vez de detenerme en la calle de Taitbout donde, entre paréntesis, tengo de vigilancia á dos agentes.

El ilustre «detective» pareció reflexionar.

— Me agradaría ver esas hojas de papel blanco — dijo. — No sé por qué me parece que no están en blanco.

— Nada más fácil. Luego de pasar por la calle de Taitbout, iré al bulevar del Palacio y, si quiere usted acompañarme, no creo que el jefe tenga el menor inconveniente en enseñárselas.

— Muy bien; pero comenzaremos por el domicilio de ese Oscar Molinet, donde puede haber ocurrido algo después de su partida.

Un coche que pasaba por la puerta del café, nos llevó en pocos minutos á la calle de Taitbout.

William Tharps fué el primero en apearse y pagó al cochero, mientras el inspector abordaba en la acera á un individuo cuyo aspecto denunciaba á un agente de policía secreta.

Cambiaron algunas rápidas palabras, y Asselín se unió á nosotros en la entrada de la casa, moderno inmueble de reciente construcción. La portería, espaciosa y clara, estaba adornada de flores.

A una llamada del policía apareció la portera, quien pareció un poco sorprendida al verle acompañado.

— Ya le he dicho — manifestó Asselín — que estaba encargado de una información acerca del señor Molinet; estos caballeros son colegas míos y le agradeceré que conteste á sus preguntas.

La portera se inclinó.

— Díganme ustedes en qué puedo serles útil, señores — dijo; — pero debo manifestarles que conozco poco la vida del señor Molinet, el cual sólo hace seis meses que vive aquí. Le considero un buen inquilino, correcto y generoso. Cuando alquiló el tercero dijo que era corredor de alhajas, me paga puntualmente, vive solo, tiene una asistenta para que le arregle la casa y viaja con frecuencia. Esto es todo lo que sé.

— ¿Le deja las señas cuando se marcha? — preguntó Tharps.

— No siempre. Esta vez sólo me dijo que le guardara el correo, añadiendo que estaría fuera dos ó tres días á lo sumo.

— ¿Recibía visitas?

— Nunca; puede decirse que no venía nadie á verlo. Yo no he visto dos veces á una misma persona subir á su casa.

— ¡Ah!

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

El tono con que William Tharps lanzó esta exclamación debió extrañar á la portera, quien miró á mi amigo con cierta desconfianza.

— Relátenos usted — dijo el «detective» — los menores detalles de los momentos que precedieron á su partida.

La portera pareció un poco azorada, no porque eludiese la cuestión, sino porque no sabía qué decir. El viaje de su inquilino le pareció una cosa muy natural para que prestase atención á las circunstancias que rodearon sus preparativos.

— El señor Molinet — dijo — pasó esta mañana por la portería al entrar en casa; me saludó como de costumbre, preguntándome si tenía correo para él, y como le contestara negativamente, subió á su cuarto.

— ¿Conoce usted el piso, Asselin?

— Tengo á un agente en la meseta de la escalera — repuso el inspector.

— Hace cosa de una hora — continuó la cancerbera,— le vi bajar con una maleta que parecía muy pesada. La dejó en la portería, diciéndome que avisara un coche, mientras él iba á buscar otra maleta. Yo le propuse que subiera el cochero para que le ayudara; pero no quiso, manifestándome que no pesaba y que la bajaría él solo.

»No tuve necesidad de salir de casa, porque, como puede usted ver, hay en frente un «punto»; así es que me limité á hacer, desde la ventana, una señal á un cochero.

— ¿Conoce usted el número del coche?

— No, señor; pero...

La portera se interrumpió y, aproximándose rápidamente á la ventana, levantó el visillo.

— Precisamente acaba de llegar.

William Tharps hizo una seña á Asselin, quien salió inmediatamente.

— ¿No ha entrado nadie en la casa después que salió el señor Molinet?

— No, señor, aparte, naturalmente, de los inquilinos ó sus criados. Su amigo de usted ha puesto de guardia á dos agentes, los cuales le dirán lo mismo que yo.

— Pero, entre la salida del señor Molinet y la llegada del inspector, ha podido entrar alguien sin que usted lo haya visto.

La portera se puso ligeramente encarnada.

— Imposible. Durante todo ese tiempo no he salido de la portería ni he perdido de vista la puerta.

— ¿Ni un segundo? — insistió mi amigo.

Nuestra interlocutora pareció azorada y, bajando la voz, nos dijo:

— Usted va á formar muy mala opinión de mí; pero le aseguro que nunca me meto en los asuntos de mis inquilinos. Sin embargo, esta mañana estaba de acecho.

— ¿Sí?...

El célebre «detective» sonrió infantilmente y, animada por aquella actitud, continuó la portera:

— No soy chismosa, pero he de decirles que la asistenta del segundo me ha contado que su señora tenía esta mañana una cita con su amante y que se marcharía temprano. Es una mujer casada y me dijo que partiría en cuanto su marido se fuera á la oficina. He acechado...

Mi amigo continuaba sonriendo.

— ¿Y acudió á la cita? — interrumpió.

En el momento de hacer esta pregunta se abrió la puerta, dando paso á Asselin acompañado del cochero.

La portera, roja por la confesión que acababa de hacer, hizo un movimiento afirmativo de cabeza, respondiendo á William Tharps, y entró en la habitación contigua á la portería.

El cochero daba vueltas entre sus dedazos forrados de enormes guantes, á su sombrero de hule. En pocas palabras, el inspector le había dicho los informes que deseábamos que nos diera y nos dijo que, llamado por la portera, había «cargado» á un hombre que llevaba dos pesadas maletas y que le condujo á la estación del Norte. Al llegar al bulevar Magenta le mandó pararse en un café, invitándole á almorzar con él, invitación que aceptó el cochero.

Terminada la comida, dirigiéronse á la estación, en donde el viajero dijo al auriga que cuidase de las maletas mientras tomaba el billete.

Un minuto después regresó el cliente y, dando una buena propina al cochero, cogió su equipaje.

— ¿Ha venido usted directamente aquí desde la estación? — preguntó Tharps.

— Sí, señor. No «he cargado» por el camino, y como casi todas las mañanas me toma en «el punto» un antiguo parroquiano, un médico, me he dado prisa.

Mi amigo pareció muy satisfecho al oír estas últimas palabras.

— ¿Cuánto tiempo hace que dejó usted al viajero en la estación?

— Unos veinte minutos.

— ¿Pesaban mucho las maletas?

— ¡Ya lo creo!

— ¿Las dos?

— Poco más ó menos, ambas pesaban lo mismo.

Miré á Tharps. ¿No había dicho Molinet á la portera que la segunda maleta era ligera? Comprendí que la intención de mi amigo fué comprobar que Molinet había mentido.

— ¿Cuánto tiempo estuvieron ustedes en el café del bulevar Magenta?

— Lo menos media hora. El cliente parecía no tener prisa, pero como yo sí la tenía para «cargar» al médico... pues se

Ayuntamiento de Madrid

lo dije y me contestó que me daría una buena propina. Comió despacio, como si quisiera hacer tiempo.

— ¿Y dice usted que fué generoso?

— ¡Como que me dió diez francos!

William Tharps, llevándose la mano al bolsillo de su chaleco, sacó medio luis, y, entregándoselo al auriga, le dijo:

— No quiero ser menos generoso que su cliente.

El cochero se inclinó, y una franca sonrisa de agradecimiento abrió sus labios mofletudos.

— Deme su número, por si necesito de usted — dijo el «detective».

— A sus órdenes, señor — dijo el cochero entregando á mi amigo una tarjeta con el número de su coche y la dirección de su amo. También dió su nombre y sus señas particulares, y se retiró porque acababa de ver á «su» médico.

— ¿Qué le parece esta visita, amigo Asselin? — preguntó Tharps en cuanto hubo desaparecido el cochero.

El policía oficial se acercó á nosotros y charlamos en voz baja.

Evidentemente, Oscar Molinet había mentido al decir que sus maletas pesaban poco. ¿Por qué no quiso que subiera á su casa el cochero para ayudarle á bajar los equipajes? Mi amigo opinaba que debíamos telefonear á la Prefectura para hacer un registro en el domicilio del corredor de joyas.

Asselin fué de la misma opinión y, mientras iba á telefonear á su jefe, William Tharps y yo salimos á la calle discurriendo acerca de aquel asunto que prometía darnos mucho que hacer.

— Me parece que ese Oscar Molinet es un pillo — me dijo Tharps. — La profesión de corredor de joyas justifica sus frecuentes viajes; pero el último que ha hecho es una huída, como lo prueba las precauciones que ha tomado.

— ¿Precauciones?

— Usted ha oído á la portera y al cochero. ¿Qué ha deducido de sus palabras?

— Poca cosa.

— ¿Cuál fué el primer cuidado de Molinet al entrar en su casa?

— Preguntar si tenía alguna carta.

— ¡Bravo! Progresa usted, amigo Lynham. Y al tener respuesta negativa, pensó en que el envío, que seguramente esperaba, podía estar interceptado y, temiendo una catástrofe, preparó su huída.

— ¡Oh!

— ¿Cree usted que voy demasiado deprisa en mis deducciones? Si piensa usted en ello, verá que tengo razón. Faltaba todavía mucho tiempo para la salida del tren que pensaba tomar Molinet y, sin embargo, no dudó en alejarse lo antes posible de su casa. Mandó á la portera que le buscase un coche mientras él subía por una segunda maleta. Al llegar á las inmediaciones de la estación, le asalta un temor respecto al cochero, el cual puede volver inmediatamente á su «punto», donde acaso ya la policía...

Miré á mi amigo, asombrado. Su hipótesis podía ser exacta y Molinet no había pensado mal, puesto que habíamos interrogado al cochero que le llevó á la estación del Norte.

— Entonces — continuó Tharps — se le ocurrió la excelente idea de invitar al auriga. ¿Recuerda usted que éste ha dicho que Molinet comió despacio, como si quisiera hacer tiempo? Por fin llegó á la estación con el tiempo justo para sacar billete y tomar el tren, y él mismo coge las maletas, aunque pesan mucho ¿Quiere usted decirme, amigo Lynham, por qué un hombre que sólo se ausenta por dos ó tres días, según ha manifestado la portera, lleva tan pesados equipajes? Convenga usted conmigo en que las maletas no deben contener muestras de joyas, porque tales artículos son muy ligeros y abultan poco. Además, la clase de correspondencia que recibía el tal Molinet no es precisamente para disponer en favor suyo.

William Tharps guardó silencio un instante, como si reuniera sus pensamientos.

— En la declaración de la portera — continuó — hay un detalle que me choca mucho: el cuidado que puso el corredor en que no subiera á su casa el cochero.

En aquel momento apareció Asselin, quien nos dijo que el jefe vendría en seguida.

En efecto, pocos minutos después se detuvo á nuestro lado un automóvil, del que se apeó el señor Dumont.

— Encantado de encontrarle, señor Tharps, y á usted también, señor Lynham — dijo, tendiéndonos la mano. — ¿Qué ocurre?

El célebre «detective» le puso al corriente de aquel asunto en pocas palabras.

— Si supiéramos qué tren ha tomado — dijo el señor Dumont, — podríamos...

William Tharps le interrumpió:

— No podemos nada — dijo. — Conozco el tren en que ha montado Molinet. La primera estación está á veinte minutos de París y seguramente se ha apeado en ella. A estas horas el corredor... debe estar corriendo en un automóvil de alquiler.

— ¿Qué prueba?...

El ilustre policía sonrió imperceptiblemente.

— No ha facturado las maletas, á pesar de su volumen y de su peso. ¿Para qué? Para poder apearse antes del sitio para el que tomó el billete sin llamar la atención.

En esto llegó el procurador de la República y requirió á un cerrajero para forzar

Ayuntamiento de Madrid

la puerta del cuarto de Oscar Molinet.

Cuando hubimos franqueado la entrada, nos encontramos en una casita coquetona, de reducidas dimensiones. La antecámara y la sala no ofrecieron nada de particular, á no ser varios retratos, colocados en la pared y en la chimenea, que la portera dijo que eran de su inquilino.

Pasamos al despacho é, inmediatamente, tuvimos la impresión de que su inquilino había salido tan precipitadamente como supusiera William Tharps. Los cajones de la mesa yacían vacíos en el suelo, por donde había, en completa confusión, papeles y objetos de escritorio.

Comenzaban á examinarlos los magistrados cuando oímos un grito en la habitación contiguo.

Era Asselin quien, con la idea de abrir las ventanas, había entrado y dirigíase á tientas en medio de la obscuridad, cuando tropezó y cayó al suelo.

Entró en el despacho, donde estábamos nosotros, con el rostro lívido.

— ¡Un... un cadáver! — exclamó.

William Tharps se precipitó rápidamente en la habitación. Le seguimos.

Ante nosotros vimos, yacente, el cuerpo de un hombre en medio de un charco de sangre. Una ancha herida en el lado derecho de la garganta, permitía suponer que le habían seccionado la carótida. Al lado del cadáver había un cuchillo.

De pronto, no pudimos menos de lanzar un grito de sorpresa. El cadáver se parecía extraordinariamente á los retratos de Molinet.

Llamamos á la portera quien, al acercarse al muerto, reconoció que *era, efectivamente, su inquilino Oscar Molinet.*

Vi que William Tharps se inclinaba sobre el cadáver, tirándole de los cabellos, del bigote y la barba, como para comprobar que no eran postizos.

En la puerta de la antecámara se empujaban los vecinos, atraídos por los gritos. Se les mandó entrar y todos, sin excepción alguna, reconocieron á Molinet.

El célebre «detective» fué al salón y, trayendo las fotografías del muerto, entregó una á los magistrados, otra á Asselin y, reservándose dos, arrodillóse al lado del cadáver.

Yo me incliné, acercándome á mi amigo.

No era posible dudar. El hombre que estaba tendido ante nosotros era, en efecto, el original de los retratos que tenía William Tharps. Había numerosos detalles para que se pudiera poner en duda que aquel cadáver era el de Oscar Molinet: defectos de la piel, pequeñas verrugas y hasta una casi imperceptible cicatriz que el retrato reproducía fielmente.

El estado del cadáver demostraba que el asesinato se había cometido hacía una hora. En estas condiciones, ¿cómo explicar que aquella misma persona estuviese media hora antes en la estación del Norte?

Miré á Tharps y, acaso por vez primera, vi que no ocultaba sus pensamientos. La comprobación que acababa de hacer era tan imprevista, tan imposible, que no sabía qué pensar acerca de ello. Si el muerto era Molinet, ¿quién era el viajero? Mi amigo preguntó á la portera acerca de este punto, emitiendo la hipótesis de que, confundida por una gran semejanza de fisonomías, hubiera tomado por su inquilino á otra persona; pero la guardiana de la casa se ratificó en sus manifestaciones anteriores. Además, había hablado con Molinet al poner las maletas en el coche, y precisamente la voz del corredor de joyas era inconfundible.

Entre las personas presentes había un hombre, como de unos cincuenta años, inquilino del primer piso, con quien la portera parecía tener particulares deferencias. Aquel personaje, el ojal de cuya americana estaba cruzado por una cinta de la Legión de Honor, había sido juez en provincias y recordaba haber visto en varias ocasiones al procurador.

Saludó atentamente á éste, y, luego de ser reconocido por el magistrado, prestó declaración, manifestando que estaba en la meseta de la escalera cuando Molinet bajaba la segunda maleta, encontrándole en la acera en el momento en que el corredor subía al coche y reconoció perfectamente su voz al darle la dirección al auriga.

El procurador de la República no pudo menos de convenir en que *el individuo que había montado en el coche era el mismo cuyo cadáver yacía á nuestros pies.*

— Es preciso — manifestó Tharps — volver á interrogar al cochero que ha llevado á la estación del Norte al hombre de las maletas. Si éste es el mismo que el cadáver que vemos, es de todo punto necesario que haya abandonado el coche inmediatamente después de haberlo tomado y regresado á su casa sin ser visto de la portera. Pero todo esto no nos explicaría tampoco dónde estaba el asesino, ni quién era, ni cómo pudo salir de esta casa luego de consumar su crimen.

Íbamos á retirarnos y el célebre «detective» tomaba rápidamente algunas notas, cuando una criada de la casa — que volvía de la compra — se asomó á la puerta.

El agente que había en el vestíbulo la hizo pasar á la habitación donde estaba el cadáver para unir sus manifestaciones á las de los otros inquilinos á fin de identificar á la víctima.

También reconoció á Molinet aquella criada, que parecía inteligente. Mi amigo le interrogó. A las preguntas de William

Ayuntamiento de Madrid

Tharps dijo que al salir por la mañana le pareció oir una discusión en el piso de Molinet, discusión bastante viva, puesto que pudo oirla desde la escalera.

La voz del corredor de alhajas era furiosa, y la criada comprendió que Molinet dirigía violentos reproches á su interlocutor. De pronto oyó un ruido y luego un grito. Salió á hacer su encargo y, al regresar, vió al corredor de alhajas con una maleta en la mano. La criada salió después á la compra, como lo demostraba la cesta llena de legumbres que traía al brazo, y no hubiera vuelto á acordarse de la discusión que oyera por la mañana si no se lo hubiera recordado la noticia del crimen cometido.

— ¿Está usted segura de haber oido dos voces diferentes? — le preguntó William Tharps.

— Sí, señor.

— ¿Era una de ellas la del señor Molinet?

— Sí, señor. Es una voz inconfundible; diriase que le sale de detrás.

— Efectivamente — confirmaron todos los inquilinos, — jamás se ha oido una voz tan rara.

— ¿Cuánto tiempo estuvo usted fuera?

— Siete ú ocho minutos; y al subir, de vuelta, fué cuando encontré al señor Molinet, quien me dirigió una amable sonrisa al verme.

— Esto no nos facilita la tarea — dijo Tharps en voz baja. — Sin embargo, el estado del cadáver demuestra que el asesinato se ha cometido poco más ó menos á la hora en que esta joven ha oído el grito lanzado por uno de los dos hombres.

— ¿Entonces? ... — dijo el jefe de Seguridad.

Mi amigo movió la cabeza como dando á entender que no podia decir nada en concreto.

(Se continuará)

JORGE MEIRS

MISTRAL

VICTIMA de la grippe, acaba de fallecer el poeta de *Mirella*, en su masía de Maillane, á la edad de ochenta y tres años.

Mistral nació en Maillane, el 8 de septiembre de 1830, y desde sus primeros años, su espíritu, impregnado de amor por la naturaleza en medio de la cual vió la luz, sintió la imperiosa necesidad de cantarla, dedicándose desde el primer momento á revivir la lengua de *oc*. Es el último de la famosa pléyade de poetas provenzales que, en la célebre sesión del 21 de mayo de 1854, acordó la resurrección del dialecto natal.

La obra del gran poeta, que compartió con nuestro Echegaray el premio Nobel de 1904, es conocida de todo el mundo, y REVISTA GRAFICA le ha dedicado en su número 7 los homenajes debidos al jefe incontestable de la poesía provenzal.

La fecha del 25 de marzo de 1914 es una fecha de luto para la Poesía y especialmente para los buenos patriotas.

Ayuntamiento de Madrid

CRONICA DRAMATICA

La gran *saison* teatral, que con la primavera comienza en París, no ha dado este año las obras sensacionales que se esperaban. Edmond Rostand, Henri Bataille y Henri Bernstein, que eran los favoritos de esta carrera de obras maestras, se han abstenido á causa de la neurastenia, que es ¡ay! no sólo la enfermedad de las mujeres bonitas, sino también de los hombres de talento.

Lo sentimos, porque lo que nos ha quedado no vale lo que ellos.

***

El señor de Croisset, que es un encantador poeta y un encantador millonario, nos da *L'Epervier* en el Ambigú, este viejo teatro de melodrama, convertido en teatro elegante, lo que aflige á muchas personas que ya no tienen donde ir á verter lágrimas enternecedoras por la joven huérfana ó el muchacho sentimental.

L'Epervier (gavilán), en la nueva obra, es el triste pájaro que, en la sociedad moderna, reemplaza muchas veces al águila.

Se trata de un marido seductor que hace trampas en el juego por amor, para subvenir á los gastos, un poco exagerados, de una mujer, que es su esposa legítima, y de la cual está verdaderamente enamorado. El marido comprende que su mujer ama á otro y se escapa cuando se entera que su marido es un ladrón del que, sin duda, ella es cómplice. Y la infamia reemplaza á los demás sentimientos; la esposa abandona al esposo; mas como este último es para la nueva pareja una constante amenaza, trátase de encontrar pretexto para divorciarse, sea como sea. El medio encontrado es cruel, y el marido lo sufre todo, rehabilitándose por su amor lo mismo que antes había llegado á ser ladrón por el gran amor que le inspirara su esposa. Esta, conmovida, y dándose al fin cuenta de lo que es su esposo, en vez de huir con el personaje que la hiciera la corte, vuelve con su marido, esta vez verdaderamente enamorada de él.

M. Brulé, que es un actor maravilloso, ha modelado excelentemente el personaje del marido. La señorita Dorziat representó muy bien la mujer amada.

La Comedia Francesa, que tiene un nuevo director, ha puesto en escena, para su «debut», una «reprise», *Georgette Lemeunier*, una obra en la que alcanzó gran triunfo Mauricio Donnay. El autor ha retocado la obra, y más especialmente los trajes, poniéndolos á la moda.

El argumento no es gran cosa, quedando reducido á una insignificante aventura sentimental, pero dialogada con mucho ingenio y buen humor.

Una linda burguesita adora á su marido, y su marido la adora; pero basta que una intrigante, coqueta y lujosa, pase junto á este hogar tan unido para ponerlos en discordia. Tontamente, el marido la corteja, y como un joyero torpe envía a la esposa el regalo destinado á la intrigante, ocurre la catástrofe, y la engañada esposa huye á refugiarse en el seno maternal.

La intrigante es una hermosa mujer, pero no muy recomendable persona, y con todo género de malas artes trata de explotar á su cortejador. Mas el justo amor, el sano amor del hogar modelo, se impone y triunfa de tan infame pasión. Los esposos se abrazan con lágrimas en los ojos, y el infortunio queda roto.

Esta poco complicada y moral intriga sirve de pretexto á los fuegos de artificio de una charla ingeniosa y demasiado atrevida para un público que no está acostumbrado á ella.

La señorita Valpreux, prodigio del Conservatorio, y muy recomendada por importantes personajes, ha tenido un «debut» excelente, porque esta comedia dará mucho dinero.

***

El conocido é inagotable autor Jorge Feydeaux, príncipe de los *vaudevillistes*, campeón en Francia del *qui proquo*, ha mostrado también mucho ingenio en la nueva obra del Atenco, *No engaño á mi marido*. No se debe olvidar, por principio, que las obras de este autor están llamadas á ser representadas en todas las poblaciones de Francia, de Europa y hasta de América del Sur, en donde el buen humor de M. Feydeaux es un excelente artículo de exportación.

Ayuntamiento de Madrid

Imposible resulta explicar las complicadísimas escenas en que se desarrolla el ingenio de Feydeauy y las locas aventuras que mariposean alrededor de un marido demasiado cándido, cuando no debe serlo, y terriblemente desconfiado cuando nadie piensa en engañarlo.

*
* *

Menos atrevida es la *Victima*, de los señores Vandereu y Prane Fohain, que tratan de atraer el público á la Comedia de los Campos Eliseos, teatro poco favorecido por él, á causa de su alejamiento del centro de la población ya que la fatalidad empujó al señor Astruc, como empresario.

La acción no gira esta vez alrededor de un marido engañado ó de una coqueta sin pudor, sino alrededor de un niño que sus padres se disputan, por no amarse entre si, y cuya alma desgarran con sus desacuerdos. Los autores tratan de hacer reir con las tonterias de los consortes y, además, con la clase de gente que presentan. La ironia es, por lo demás, más amarga, y los padres enemigos concluyen por reanudar la espantosa vida en común.

La obra gustó por lo delicado de la imagen del niño, bien dibujado por dos escritores que comprenden las ternuras de la niñez y saben hacerla hablar, pero estos hombros son demasiado débiles para poder sostener el peso de una larga representación ante un público escéptico. ¿No habria entre los espectadores algunos padres que se encuentren en las mismas circunstancias? Los autores han cometido un grave error queriendo ser demasiado sinceros.

*
* *

También se canta la niñez en el cuento lírico que la Opera Cómica, que tiene una nueva dirección, ha querido presentarnos.

Dos de los autores, por lo demás, son casi unos niños. Uno de ellos, Mauricio Rostand, no tiene más que veinte años; el otro, el músico, Tiasko Richepin, es el Benjamin de los compositores. Madama Rostand, el tercer autor, trae consigo un poco de experiencia. Además cuentan con un maravilloso colaborador: el admirable cuentista Anderssen que escribió el cuento titulado *La vendedora de cerillas*.

Todos estos autores reunidos han creado una obra musical que fué representada sin guardar turno, es decir, en seguida. El nombre de Rosland parece ser que basta para justificar esta condescendencia, aunque el gran poeta no figurase en el asunto. Y hasta no fué á oir la obra, á pesar de los insistentes ruegos de los suyos.

Debemos ser indulgentes con este ensayo, sobre todo por respeto á Anderssen, pues su literatura, aun puesta en música, continúa siendo encantadora.

La frágil vendedora de cerillas, que en una noche de Navidad consume su mercancía para calentarse las manitas que la nieve hiela, y que en la aureola formada por la tenue llama cree descubrir mundos poblados de risueñas apariciones, siempre conmoverá nuestro corazón, que necesariamente se rendirá á estas calladas miserias, dificilmente igualadas por otras miserias.

*
* *

La *Gaité Lyrique*, que también ha pasado á las manos de un nuevo director, ha representado una obra de Hirchmann: *La bailarina de Tanagra*. La decadencia del Imperio romano, desde hace poco tiempo, nos ha traido á escena no pocas obras, sobre todo musicales y de trama fatigosa.

Trátase de una Mesalina que atormenta despiadadamente á una pobre bailarina cuyo novio envidia. Una bruja ha predicho á la bailarina que el día en que dance tres veces seguidas morirá. Y como la Mesalina llega á enterarse de ello, quiere obligarle á que baile tres veces, á lo que la muchacha trata de negarse; mas el mismo novio, creyéndola perjura, le da muerte, con gran alegria de Mesalina. Esta obra, de gran espectáculo, carece de sensibilidad.

*
* *

Anotemos por último esto:

Parsifal, en la Opera, es un formidable éxito de taquilla. Se habia dicho que la multitud acudiria por *snobismo*, pero va por placer musical, que es mejor.

Por el contrario, muy pocas de las demás obras hacen realmente ingresos. Apenas la *Bella aventura* del Vaudeville se mantiene.

Señalemos también la desgracia definitiva del Odeón y la próxima retirada de su director, con honores de guerra, pero con una inmensa desilusión.

Es probable que se dedique ahora al cinematógrafo.

Y esto quizás sea un simbolo.

HENRY DE FORGE.

Ayuntamiento de Madrid

Los Hispano Americanos en París

CARLTON HOTEL
Champs Elysées

Han llegado:

Sr. y señora F. Alamos, Sr. y señora A. V. López, señorita M. Colas.

HOTEL ASTORIA
Champs-Elysées

Han llegado:

Sr. y señora Roberto Sánchez, de Madrid; Sr. Octavio Prado, señora E. Cassal.

HOTEL CAMPBELL
Avenue Friedland

Han llegado:

Señora de Camara, de Rio de Janeiro; Sr. Carvalho y familia, de Sao Paulo.

HOTEL PLAZA
Avenue Montaigne

Han llegado:

Barón de Pals, Sr. G. Philippi, Sr. y señora H. Daniell.

HOTEL LOTTI
Rue Castiglione

Han llegado:

Sr. O. Saluschin, Sr. y señora P. Balacni, señora E. da Zara.

HOTEL BRIGHTON
Jardin des Tuileries

Han llegado:

Sr. y señora Adolfo Eastman, de Chile.

HOTEL MONTANA
Rue de l'Echelle (Av. de l'Opéra)

Han salido:

Sr. O. Luis Lagos García, de Buenos Aires; señora Clementina Lagos García, de Buenos Aires; Sr. Alvaro Besa, de Santiago; señora A. de López, de Buenos Aires.

HOTEL DE CRILLON
Place de la Concorde

Han llegado:

Señora Anna de Saufuentes, de Santiago; señora L. Zanarta, de Santiago; Sr. J. G. de los Ríos, de Barcelona; Sr. Jesús del Campo, de Buenos Aires; señora R. Arnus, de Barcelona.

Han salido:

Sr. Eduardo García Carrega, de Madrid; Sr. y señora Ramón Subercaseaux, de Santiago; Condesa de Castelleja, de Madrid.

HOTEL REGINA
Place Rivoli

Han llegado:

Sr. Pedro L. Gandnglia, de Buenos Aires; familia D. T. Caballero, de Barcelona.

HOTEL RÍTZ
Place Vendôme

Han llegado:

Sr. O. Campo, Sr. de Zagra.

HOTEL WAGRAM
Jardin des Tuileries

Han llegado:

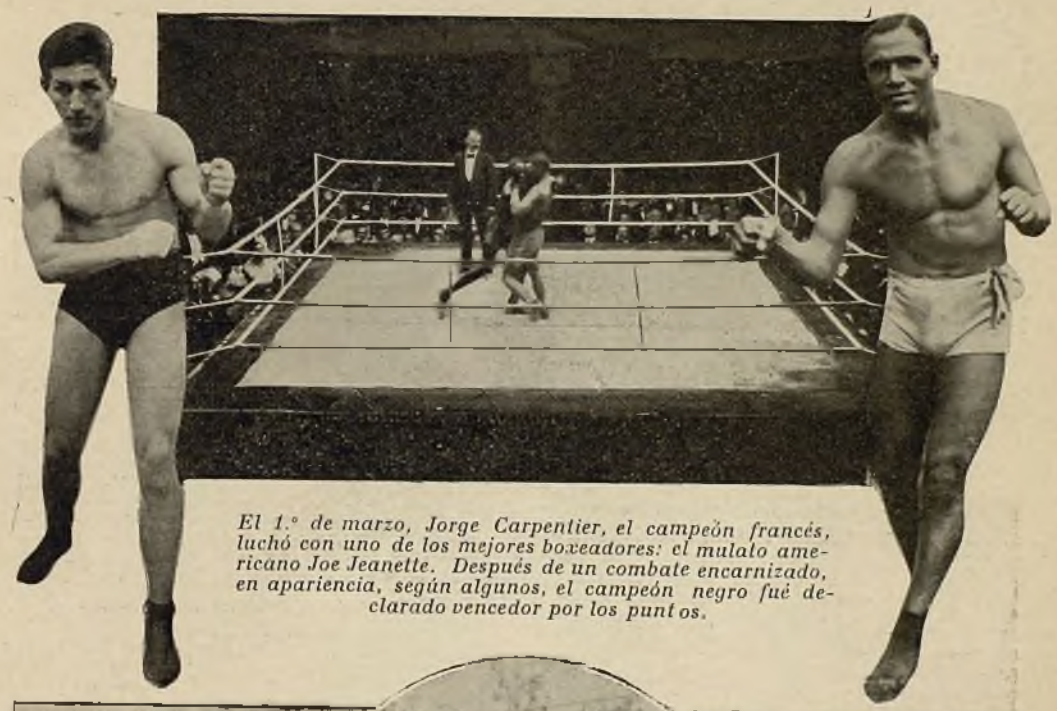
Dr. E. Rossi y familia, Sr. F. G. Ovini y familia; Sr. y señora A Reyna y familia, señora Juanita Pereira, de Buenos Aires; Sr. y señora Arturo Prat y familia, de Valparaíso.

HOTEL ÉDOUARD VII
Rue & Place Édouard VII

Sr. Pedro J. Bombal de Mendoza, Sr. Jorge Huneus, ministro de Chile en Bruselas; Sr. Pedro Nolasco, de Lisboa; Sr. A. N. de Figueiredo, de Oporto; Sr. J. C. da Silva, de Lisboa; Sr. Renato C. Dias, de Lisboa; Sr. Agustín Smith, de Buenos Aires; señora y señorita Smith da Gomez, de Buenos Aires; conde Serl, de Lisboa; barón y baronesa Mihanovitch de Lisboa; Sr. y señora Carlos Guerreros, Sr. y señora P. Helguerra y familia, de Buenos Aires; señora Escalante, señorita García, Sr. y señora Ramón Garriga, de Barcelona; señora J. C. Branco y familia, de Oporto; Sr A. José, Sres. J. de Barros y J. M. de Barros, de Oporto; señora y señorita N. Zapiola, de Buenos Aires; Sr. A. Monteiro, de Cádiz; Sr. E. Carreaga, de Bilbao.

Ayuntamiento de Madrid

ACTUALIDADES DEPORTIVAS



El 1.° de marzo, Jorge Carpentier, el campeón francés, luchó con uno de los mejores boxeadores: el mulato americano Joe Jeanette. Después de un combate encarnizado, en apariencia, según algunos, el campeón negro fué declarado vencedor por los puntos.

El match de football rugby Tarbes-París, venciendo los primeros por tres puntos contra cero.

El notable equilibrador Tourtier. Curiosísimo invento que permite disparar sin necesidad de bajarse de la bicicleta.

La nueva canoa automóvil «Despujols», que alcanza, en el Sena, la velocidad de 117 kilómetros á la hora.

Ayuntamiento de Madrid

El aviador Hanonille, que se ahogó en el puerto de San Sebastián. La fotografía muestra al desgraciado aviador en el mismo instante en que su aparato, no se sabe por qué causas, se destrozara en el aire, arrastrando al desventurado.

Foot-ball rugby. — Perpignan venció al Havre, por 27 puntos contra 3.

Foot-ball Association. — El equipo de Londres ganó al equipo francés por cinco «goals» contra uno.

PÉKING-KONSGZE
Cuidado de los pies por
PEDICURO CHINO
procedimiento desconocido en Europa
MANICUROS
Téléph. Louvre 17-54
15, rue de la Paix
ASCENSOR

De venta en todas las farmacias

Imprenta de la Casa Editorial Hispano-Americana, París — El Gerente: Verdeau

Ayuntamiento de Madrid